

La Ilustración Artística

AÑO XXXI

BARCELONA 15 DE JULIO DE 1912

NÚM. 1.594



MONUMENTO A DELACROIX, obra de Julio Dalou. (París. Jardín del Luxemburgo.)

Este monumento, erigido por sus admiradores al eminente pintor francés Delacroix, es una de las mejores obras ejecutadas por el no menos famoso escultor Julio Dalou. El busto es una obra maestra de expresión y las figuras de la Fama, colocando una palma al pie de aquél, de Cronos, pretendiendo impedir la acción de la Fama, y de Apolo, aplaudiendo a ésta, forman un grupo de admirable grandiosidad y de un vigor y movimiento extraordinarios. El conjunto del monumento es de un hermoso efecto plástico.

SUMARIO

Texto.—De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *Desesperanza*, cuento de Arturo Dourliac. — *La corte en La Granja*. — Praga. *La fiesta de los «Sokols»*. — *Explosión del dirigible «Askron»*. — Homenaje a Mounet-Sully. — *La bandera de la Aeronáutica militar francesa*. — *Matrimonio secreto* (novela ilustrada; continuación). — Barcelona. *Fiestas benéficas*. — *Llegada de los diputados catalanes después de la aprobación del proyecto de Ley de las Mancomunidades*. — *Libros enviados a esta redacción*. — Dusseldorf. *Explosión del globo dirigible alemán «Schwabens»*.

Grabados.— *Monumento a Delacroix*, obra de Julio Dalou. — Dibujo de Carreres, ilustración al cuento *Desesperanza*. — *El consuelo del abuelo*, cuadro de Rafael Argelés. — *La novicia*, cuadro de Jaime Morera. — *Festejando el día de San Martín*, cuadro de José Malhoa. — *La corte en La Granja* (cuatro fotografías). — Praga. *La fiesta de los «Sokols»* (dos fotografías). — *Carmen*, escultura de Vincent. — *Desesperanza*, bronce de Eugenio L'Hoest. — *Mr. Vániman*. — *El dirigible «Askron»*. — París. *Banquete en honor de Mounet-Sully*. — *Bandera de la Aeronáutica militar francesa*. — Barcelona. *Fiestas benéficas*. — *El público esperando a los diputados en el Apsadero del Paseo de Gracia*. — *El dirigible alemán «Schwabens» antes y después de la explosión*.

DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

Y otra vez el verano... Ya está ahí, veloz y presuroso, como los anteriores. Pasaron las verbenas de San Juan y de San Pedro, encendidas y fulgurantes, oliendo a claveles, a albahaca y a tortas recién sacadas del horno. Se cerraron las clases en los establecimientos docentes; las compañías de teatro dieron sus últimas funciones; los escolares regresaron a sus pueblos; los círculos y asociaciones en que se rinde culto al saber se apresuraron a dar sus últimas conferencias; han aparecido los últimos libros de la temporada y se han verificado los últimos estrenos...

Después, la calma y el desfile. La gente que bulle y anima el cuadro de la gran ciudad, desaparece por unos meses, hasta octubre. Los omnibus se dirigen a la estación cargados de equipajes; los automóviles cruzan, coronados también de maletas y cestas de provisiones, y dejan en la retina la rápida impresión de unos rostros femeninos encuadrados por sombreros de paja, con velos flotantes como penachos de humo. Queda en el aire un rumor de alegres despedidas. Y la ciudad entra poco a poco en una gran sedación, en un grato silencio relativo, que se acentúa por la noche, con la paralización del trabajo y la falta de tanta gente.

La vida urbana se ha despedido con un gran derroche de acontecimientos, de espectáculos, de deportes, de actividad. Aviación, Concurso hípico, festivales benéficos, solemnidades literarias y artísticas, discursos, conciertos. Es el testamento del año civil que termina y se apresura a liquidar sus cuentas pendientes y a saldar sus compromisos, como precio de la momentánea libertad y del paréntesis de descanso que se acerca. En las Cortes se da también el imprescindible «cerrojazo», y los representantes del país regresan a sus ciudades y a sus distritos, trayendo esta vez para Cataluña una efectiva emoción: la esperanza de las Mancomunidades.

* *

No siempre la política ha de ser enojosa y, por tanto, vedada en estas páginas. Vienen también para ella sus momentos de desquite y, en medio de la monotonía de intrigas y enredos, surge de vez en cuando un poco de luz de aurora y parece que en ese orden de la vida nacional va a entrar también el progreso que en otras esferas se realiza.

Porque, mal que pese a los agoreros y pesimistas de profesión, España va progresando en muchos aspectos; sólo que este avance social queda oscurecido por el estancamiento político, el cual da el tono a lo demás. Se observa en muchas poblaciones y comarcas un notorio incremento de la riqueza pública; en los métodos de cultivo se va realizando una transformación que dentro de pocos años sorprenderá a quienes ahora la contemplan desprevenidos; la maquinaria agrícola entra en grandes proporciones; los abonos químicos se van haciendo objeto de general aplicación y revolucionan la vida del campo; las industrias del vino, del queso, del aceite perfeccionan-se poco a poco; los ferrocarriles aumentan sus rendimientos en forma inusitada y que constituye un verdadero signo de la general intensificación a que aludo, mientras la potencia tributaria del país que parecía no poder pasar nunca de 700 millones casi ha duplicado su índice antiguo.

En las poblaciones importantes se construye como hace tiempo no se había construido y el general aprovechamiento de saltos de agua para producir energía eléctrica alterará radicalmente en muchas regiones las bases de la vida industrial y económica.

Las industrias de tejidos en Cataluña prosperan también y van obteniendo nuevos mercados. Y, sin embargo, la nota pesimista de la *decadencia* española continúa sobreponiéndose a tantos síntomas de mejoramiento. ¿Por qué?

Sin duda porque a ese mejoramiento social, debido a la iniciativa privada, conseguido casi siempre a espaldas del gobierno y aun contra el gobierno, no corresponde ningún mejoramiento en la máquina de la administración pública que es la parte más visible de la realidad nacional y que en este caso deprime y calumnia al conjunto, haciéndole aparecer peor de lo que es. Otra causa debe apuntarse, a saber: el empeño con que los revolucionarios y agitadores cultivan el pesimismo en el alma de las muchedumbres por lo que puede servir a sus fines de violencia y cambio de régimen. Las campañas demagógicas parecen una confirmación de los juicios extranjeros más rencorosos contra España y, con tal de crear un estado de espíritu subjetivo que conduzca a la desesperación, todos los recursos le parecen lícitos y aceptables.

No voy a afirmar que la situación de nuestro país sea halagüeña, ni mucho menos, sobre todo en cuanto atañe a su gobernación. Lo que digo es que el tono de las propagandas y el desprecio e irritación que en las masas inculcan tienen mucho más de artificioso que de real y no corresponden a la verdadera objetividad española. Epocas hubo sumamente más graves en nuestra historia contemporánea: épocas de mayor abatimiento, de más honda esterilidad moral y material, de mayor miseria en todos los órdenes. Así fueron los años de la Restauración alfonsina; sólo que entonces, la seriedad política, la reorganización del Estado vino a dar una apariencia inversa. El gobierno era mejor, más coherente, más vigoroso; en cambio la sociedad era, por todos conceptos, más estéril y raquítica.

* *

Y volviendo ahora al asunto de las Mancomunidades digamos que, aun dentro del atraso y rutina de los políticos, reacios a toda regeneración íntima y eficaz, viene a significar un progreso innegable, no sólo por el proyecto en sí, mas también por lo que suponen la forma de su aprobación y los términos del debate previo.

Tratóse, es cierto, de resucitar añejas suspicacias; de exhumar los viejos tópicos y violencias de lenguaje. Mas ello no ha podido prosperar por falta de ambiente. Una nueva generación ha subido; y aun que por tal no pueda tomarse a la que tiene asiento en los escaños de las Cámaras, ésta no puede divorciarse del nuevo espíritu ni dejar de obedecer a sus ineludibles presiones. El sofisma, que algunas veces ha sido crimen, de poner en oposición unos pueblos de España contra otros, ha muerto ya; no se sostiene. El lenguaje se ha dulcificado, de una parte y otra; la discusión se ha hecho plenamente normal, y el pleito de las Mancomunidades, si ha podido apasionar a cuatro o cinco parlamentarios que lo tomaron como pretexto de una intriga personalista, no ha encrespado a la opinión ni levantado peligrosas eferescencias, como ocurría antaño.

¡Loado sea Dios! He aquí un progreso de orden espiritual que conviene poner de manifiesto en honor de este pueblo español, tan calumniado y comprometido por sus malos pastores o sus falsos intérpretes o profetas. Y no porque haya decaído su patriotismo ni porque se hayan enervado sus antiguos arreos para sostenerlo, sino porque empieza a ser de mayor edad y juzga por sí mismo y sabe distinguir lo que le conviene, sin supeditarse a usurpados magisterios ni prestarse a servir de combustible para insensatos incendios y explosiones.

Y ha visto en este proyecto de las Mancomunidades, pedido ahora por las Diputaciones de Cataluña, aplicable a las demás de España y útil para todas sus regiones, un cauce abierto a la actividad de abajo, a esa energía social actualmente divorciada y como abandonada de la energía política, ganosa de dar realidad y substancia a sus impulsos vitales, a sus sueños de mejora y engrandecimiento, a la ascensión y pujanza regional que se ha de convertir en ascensión y pujanza nacionales, de todos los españoles y para todos los españoles. ¿Qué ocasión mejor para pedirlo y otorgarlo que ésta de la normalidad, cuando se han tranquilizado los espíritus y moderado las palabras? ¿Ni qué mejor augurio de una útil y provechosa aplicación del nuevo instrumento administrativo, que obtenerlo en paz y gracia de todos o con simples salvedades de pormenor o forma parlamentaria?

Todo ello explica la satisfacción con que en Barcelona se ha visto el regreso de los representantes

catalanes en las Cortes y el afectuoso recibimiento que se les ha dispensado. Falta, es verdad, la aprobación del proyecto en la Alta Cámara; pero lo conseguido hasta aquí, aunque la cosa no pasara más adelante, justifica el contento que ahora se manifiesta. Cuando menos se ha llegado a términos de avenencia entre el antiguo regionalismo militante y los partidos de gobierno. Se ha dado con una fórmula de transacción y, prospere o no el proyecto en definitiva al reanudarse las sesiones, caiga o dure el gobierno del Sr. Canalejas, la aspiración queda sancionada por el espíritu público y concedida virtualmente por la conciencia nacional que esta vez se ha pronunciado, con gran cordura, por la paz y la armonía de voluntades.

* *

El último período literario ha sido de notable fecundidad. Tres sucesos de primer orden descuellan durante el pasado mes de junio: la aparición de los dos primeros volúmenes de las *Obras completas* de Maragall; la edición crítica de Ausias March (primer volumen) por Amadeo Pagés, profesor del liceo de La Rochela, publicada por el «Institut d'Estudis Catalans», y la *Gramática de la lengua catalana*, obra del eminente filólogo Pompeyo Fabra. Cualquiera de estas novedades bibliográficas constituiría el honor de una cultura y de una intelectualidad. No se trata de obras efímeras, sino de piedras fundamentales, cada una por su estilo, destinadas a vivir por largo tiempo y a obtener la intensa y prolongada irradiación que, en el mundo de la idea, ejerce lo primordial y sólido, trátase de belleza o de ciencia pura.

También los poetas han sacado los panales de su colmena en los comienzos de este verano. No hace mucho que aparecía en los escaparates *Amor, Senyor*, colección erótica de López Picó, después de haberse afirmado, con *Torment* y *Poemas del port*, en edad del todo juvenil. Y ahora Carner saca a luz sus *Monjoies* que nos muestra una nueva fase de este poeta único y siempre en ascensión. La maestría, el último sentido del idioma, la portentosa habilidad de asimilación en cuanto a estilos y secretos de escuelas y siglos pasados, hacen de Carner uno de los más completos temperamentos literarios que he conocido. Y si a esta «virtuosidad» literaria o de mera ejecución, se añaden sus preclaras facultades de poeta en espíritu, su visión de las cosas, o sea—dicho a las claras y con la palabra eterna—su imaginación de vate, el efecto no puede ser más pleno y absoluto.

La nueva fase de Carner en este último libro se compendia, a mi entender, en cierta velada gravedad melancólica a que antes no nos tenía acostumbrados, a cierto tono de elevación moral que arrinconaba, poco a poco, la ironía antigua o el versátil *scherzando*, como si el mismo poeta se sintiera sorprendido de esta nueva voz con que le habla su musa y se sobrepone a las pasadas inflexiones y acentos de alegría luminosa. Diríase que ha llegado a una nueva cumbre de la vida y descubre, a la otra parte, un vasto panorama antes desconocido... Pero, en fin, aquí no se trata de extendernos en disquisiciones críticas, sino de señalar y anunciar apariciones interesantes que los críticos de profesión juzgarán en el momento y en el lugar oportuno.

Y ya que hablo de críticos bueno será consignar la aparición de otro libro, con el cual parece cerrarse la gloriosa cuenta de este verano: los *Estudis literaris*, de Manuel de Montoliu, publicado por la Sociedad Catalana de Ediciones, con muy buen acuerdo por cierto. Trátase de una serie de verdaderos «estudios» acerca de las personalidades más interesantes y vivas de la literatura catalana actual, con algún glorioso difunto: Verdager, Maragall, Guimerà, Apeles Mestres, Alcover, Costa y Llobera, Carner, Corominas, Alomar, Ruyra y otros y otros, perpetuados quedan en esas páginas que acusan la visión clara y armónica de su autor, su talento ágil y lleno de afectuosa simpatía y su copiosa lectura y discernimiento de toda suerte de humanidades. El historiador futuro no podrá prescindir de este libro de Montoliu, que siendo hijo en gran parte de la actualidad y del momento, parece ya historia definitiva en muchos conceptos.

Y basta de enumeraciones. Una literatura que en tres o cuatro semanas ofrece al público esos números de *élite* sin contar otros que les precedieron inmediatamente y que me veo obligado, por falta de espacio, a no citar como se merecen; una literatura así empieza a merecer positiva consideración y es signo de una raza en plena actividad.

MIGUEL S. OLIVER.

DESESPERANZA, CUENTO DE ARTURO DOURLIAC (1), dibujo de Carreres



... y ella se pasaba largo rato contemplando aquel perfil enérgico...

Había confesado. ¡Era un ladrón y un asesino!

Durante aquel largo trayecto, en el cupé que la conducía al través de las calles tumultuosas, arrullada por el murmullo de los consuelos paternos, había permanecido sorda, inerte, insensible a todo lo que no era aquella idea lancinante, tenaz..., y ahora, sola en su cuarto, desplomada sobre una silla baja, con los brazos colgantes, el pañuelo encima de las rodillas, los ojos fijos, la mirada seca, sentíase nuevamente dominada por aquel pensamiento doloroso, punzante, que le roía el corazón y le atenazaba el cerebro.

Su padre, al separarse de ella, habíale dicho fríamente:

—Ese hombre es un miserable que nos ha engañado a todos, hija mía; no hay más que olvidarlo y arrancar esta página del libro de tu vida. Conseguiré para tu hijo que pueda llevar mi apellido, y no se hablará más del asunto.

Después, habíala besado en la frente y se había alejado con su aire solemne de exmagistrado, y ella habíase quedado sola.

¡Era, pues, verdad! ¡No había soñado!.. Toda aquella pesadilla del tribunal, de los jueces con sus togas encarnadas, de los abogados con sus togas negras, de aquella multitud agitada que asiste a todas las causas célebres, de los testigos, de los gendarmes y de él, de él, sentado en el banquillo de los acusados..., ¡todo aquello era realidad!

Y de nuevo veía la escena terrible; oía las declaraciones abrumadoras que se formulaban contra él, haciendo inútiles los esfuerzos de la defensa; y le veía a él, luchando hasta el momento en que vencido, pero no abatido, había lanzado la confesión altanera:

«—¡Sí, es verdad; soy un ladrón y un asesino! Tomad mi vida, que no he defendido por mí. He jugado, he perdido y pago. ¡Solamente pido perdón a los míos!»

Y luego, un grito terrible...

¿Lo había dado ella?.. No lo sabía... Y de pronto el silencio; el público abriendo paso a su padre que se la lleva... El vacío..., la noche..., el ruido sordo del coche que la conduce de prisa, de prisa..., el caos de las ideas confusas que se empujan en su cabeza torturada..., y las palabras fatídicas que pasan una y otra vez delante de sus párpados cerrados, en una claridad

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la Société des gens de lettres y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

roja, sangrienta, que zumban a sus oídos como fúnebre tañido de campanas..., y acuden presurosas a sus labios inconscientes:

«—¡Soy un ladrón y un asesino!»

Hasta el último instante había creído en él. Fiel y animosa, había subido a su lado todos los peldaños de aquel calvario: el arresto, el sumario, el proceso; y a pesar de sus ruegos y hasta de sus mandatos, habíala él encontrado en todas partes, en la cárcel, en el tribunal... Y aun al cadalso le habría seguido, llena de fe en su inocencia.

Había ella admirado su energía, su intrepidez para luchar contra la acusación, para romper las mallas que le oprimían, para confundir a su adversario con alguna réplica fulminante, hasta que, anonadado a su vez por un ataque imprevisto, había arrojado sus armas inútiles, y desdeñando apelar a nuevas mentiras, sin un arrepentimiento, sin una súplica, habíase erguido soberbio, en su orgullo de ángel caído, para gritar:

—¡Tomad mi vida, que no he defendido por mí!

¡Oh, en cuanto a esto, bien lo sabía ella!

Por ella, sólo por ella la había defendido, para evitarle aquella horrible angustia, para no merecer su desprecio... Porque ella debía odiarle, despreciarle; pero ¿podía hacerlo?

Era un miserable, un infame, que la había engañado en los primeros días. Cuando, después de la boda, apoyábase ella, radiante de felicidad, en sus brazos; cuando murmuraba a sus oídos palabras de amor; cuando se la llevaba lejos, al país del sol, para amarse bajo los limoneros floridos, ¡era ya un ladrón y un asesino! ¡El dinero robado servía para aquel viaje de novios! ¡Las manos que le ofrecían aquellas flores estaban manchadas de sangre!

¡Despreciarle!.. ¡Odiarle!.. Debía hacerlo, sin duda... ¡Pero había sido él siempre tan bondadoso con ella!.. Había colmado sus menores deseos; había enjugado sus lágrimas, la había adorado como un esclavo..., como un esclavo, a quien ella miraba como a un dios.

Habría querido encontrar en aquel pasado una hora dolorosa, una pena, un sufrimiento causados por él..., ¡y sólo encontraba recuerdos de felicidad!

¿Era, pues, posible que un mismo ser fuese tan cruel y a la vez tan bueno?

Sobre la chimenea, había dos retratos en sendos marcos de plata vieja y ella se pasaba largo rato contemplando aquel perfil enérgico, aquellos ojos acariciadores, aquellos labios que sonreían tan tiernamente... ¡Y era un ladrón y un asesino! ¡Y durante doce años había ella convivido con él! ¡Y le había amado... y le amaba quizás todavía!

Apartó su mirada y forzando su pensamiento, que se le escapaba, quiso pensar en otras cosas, hacer proyectos, oponer el porvenir al pasado... ¿Qué iba a ser de ella?

Ante todo era preciso huir, alejarse de aquellos lugares llenos de él, arrancar aquellos recuerdos que la torturaban, abandonar aquel lujo que la quemaba... Partiría con su padre, lejos, muy lejos; no conservaría de él ni su nombre.

¡Y su hijo? Su Mauricio..., el Mauricio de los dos, tan tiernamente amado, nacido de sus amores, el lazo que unía sus dos corazones tan estrechamente, y sobre cuya querida cabecita rubia se concentraban sus proyectos de porvenir y sus comunes esperanzas.

¿Qué le diría ella a aquel hijo? ¿Le ocultaría la verdad, como se la había ocultado hasta entonces? ¿Pretextaría un viaje, la separación, la muerte?

Pero la memoria sobrevive a la muerte misma, y el niño se asombraría del olvido, del silencio. Tenía diez años y en esta edad se siente, se adivina... Si llegase a sospechar... Sería menester mentir, mantener en su corazón el culto, el respeto a aquel padre venerado, lo mismo muerto que vivo.

Y entonces, ¡qué suplicio aquella sombra engañosa,

sin cesar invocada por los labios ingenuos del niño! ¿O es que debía decirse todo, apelar a su corazón, a su inteligencia precoz, enseñarle a despreciar a aquel padre respetado hasta entonces como un modelo y un guía, mostrárselo en el banquillo infamante, en el presidio, en el cadalso? ¡Horror! ¡Era imposible! ¿Qué hacer, pues?

terminación fué apasionadamente comentada y la propia Marta trató de disuadir a su amiga de un sacrificio que excedía de la medida, tanto más cuanto que los debates judiciales habían revelado pormenores tan penosos como humillantes sobre el empleo de las cantidades robadas y dilapidadas en vergonzosos excesos. María escuchó todas aquellas prudentes observaciones de su amiga con la dulzura y calma que la caracterizaban, y a todas respondió:

—Es verdad que mi marido no me ha hecho muy feliz, pero ésta no es una razón para que yo le abandone. Soy su esposa en la próspera y en la adversa fortuna. ¿Quién se apiadará de él si no me apiado yo? Además, nosotras, las mujeres, no debemos juzgar ni condenar, sino sólo perdonar, consolar y redimir. Esta será la obra de mi vida. Me hablas de mi hijo y precisamente en él pienso; por él rehabilitaré al padre.

Ante ese testigo, ante ese juez, su conciencia dormida se despertará por sí misma, y querrá borrar su crimen para que un día su hijo pueda, a pesar de todo, quererle y estimarle. ¿Que esto es una quimera, dices? Tal vez sí; pero de todos modos habré obedecido la ley divina. Soy cristiana, Dios me ayudará y éste es un consuelo, querida Marta, que deseo ardientemente no llegues a necesitar.

Y separadas ya por un

abismo, no habían vuelto a verse más.

—En verdad, tu amiga está loca, había dicho el Sr. Dolemme a su hija. Un hombre deshonorado ha de ser un hombre muerto para los suyos.

—Hubiera debido matarse; cuando se pierde la partida, hay que saber ser buen jugador.

¿Quién había pronunciado aquellas palabras cuyo eco debilitado vibraba aún en sus oídos después de tantos años? Su marido.

¡Buen jugador! Sí, él lo era; él pagaría sin pestañear quizás anticipándose hasta al temible vencimiento.

¿Matarse?.. Roberto era capaz de hacerlo sin vacilación y sin miedo.

Lentamente Marta se repitió varias veces aquellas palabras, hipnotizada por aquel gran reposo de la tumba, ese sueño de los desesperados.

Al día siguiente leíase en un diario:

«Un doble suicidio realizado en circunstancias dramáticas llena de luto en estos momentos el alma de uno de nuestros más antiguos y dignos magistrados. Roberto Desclars, el condenado de ayer, se ha ahorcado en la cárcel, a pesar de la vigilancia de que era objeto, habiendo tenido que desplegar una energía extraordinaria para no llamar la atención. Casi a la misma hora, su joven esposa, cuya desesperación es fácil comprender, se envenenaba con una dosis de ácido prúsico.»

Y por una ironía de la suerte, quién sabe si como una lección de la Providencia, en la columna siguiente se leía:

«La semana pasada celebróse en Numea una ceremonia conmovedora. El vizconde de Piers, cuyo ruidoso proceso no habrán olvidado nuestros lectores, recibía el decreto de indulto en el hospital en donde le retienen todavía las heridas que sufrió al salvar a muchas personas durante el incendio que destruyó todo un barrio. El gobernador, en un sentido discurso, ha recordado la buena conducta del Sr. de Piers desde su condena, su trabajo asiduo y sus numerosos actos de abnegación y ha expresado la confianza de que pronto se hará digno de su completa rehabilitación. Al acto asistió, acompañada de su hijo, la señora de Piers, cuya heroica abnegación es de todos bien conocida.»

De las dos amigas para quienes tan dura había sido la vida, la una había triunfado en su obra redentora, mientras la otra sucumbía presa de la desesperación.



El consuelo del abuelo, cuadro de Rafael Argelés

Y aquella pobre mujer, buscando en su angustia una rama a que asirse, sólo encontraba el vacío.

Educada sin madre y sin Dios por un hombre rígido, solemne y ateo, faltábanle los eternos consuelos de la fe, y la oración, sollozo del alma afligida, no podía refrescar sus labios secos. La fría austeridad de su padre, que todo quería resolverlo de una plumada, helaba su ansia de expansiones; y en aquella hora de desesperanza y de duda, habría necesitado una madre que meciera su dolor, una hermana con quien llorar... Y entonces de su corazón subió a sus labios un nombre casi olvidado:

—¡María!

Marta Dolemme y María de Piers eran amigas de infancia. La casa de campo de la una lindaba con el parque de la otra y las dos niñas, que, en un principio, se habían limitado a sonreírse, habían acabado por intimar insensiblemente.

Marta vivía sola con su padre, hombre poco hablador y poco sociable; María, huérfana, era educada por una abuela muy piadosa y caritativa, enteramente retirada del mundo y que sólo se ocupaba de sus pobres y de sus obras benéficas. Y los dos vecinos, a pesar de la distancia que los separaba, así por su cuna como por sus ideas, vieron con satisfacción oculta una amistad que distraía algo a sus niñas sin alterar sus propias costumbres.

De las dos muchachas, la una, Marta, era ardiente, voluntariosa, apasionada; la otra, bondadosa, reposada, seria, ocultaba bajo su apariencia endeble y delicada un alma enérgica, susceptible de esfuerzos, de voluntad, de heroísmo, mucho más que su fogosa compañera.

Las dos amigas se casaron casi al mismo tiempo: María, con su primo Gastón de Piers, huérfano como ella, elegante, amable y dotado de las cualidades más seductoras; Marta, con un sabio distinguido, Roberto Desclars, que, después de difíciles comienzos, había conquistado la celebridad y la fortuna.

Establecidas la una en una capital de provincia y en París la otra, continuaron escribiéndose hasta el día en que una repentina catástrofe hirió a la señora de Piers: su marido, cajero de una sociedad, fué llevado a los tribunales y, convicto de estafa y de abuso de confianza, condenado a veinte años de trabajos forzados.

En aquella prueba espantosa, María estuvo admirable, sosteniendo, animando a su desgraciado esposo, salvándole de la desesperación y obteniendo permiso para acompañarle en su destierro. Esta de-



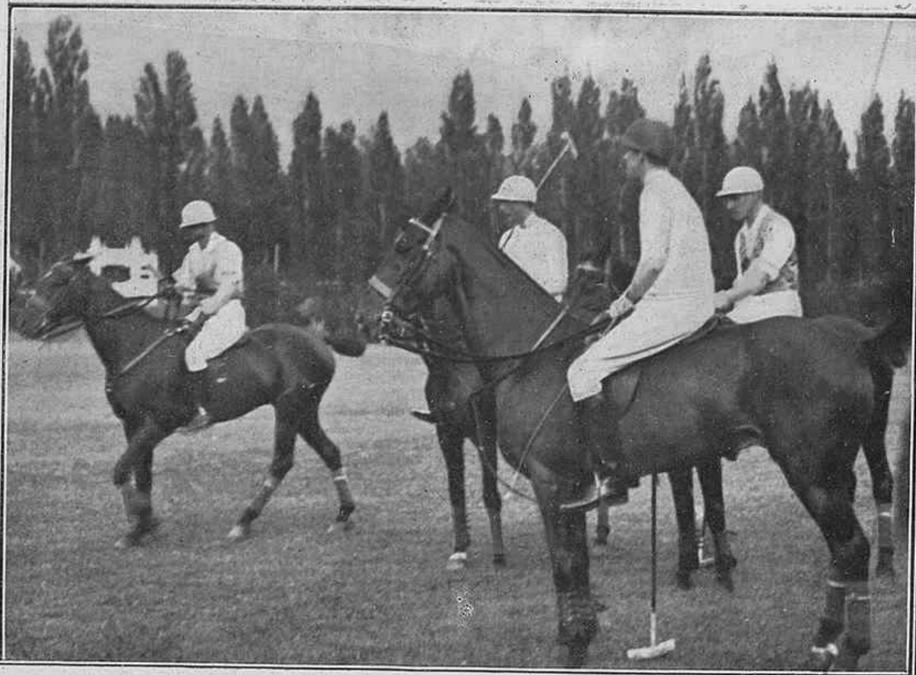
LA NOVICIA, cuadro de Jaime Morera y Galicia



FESTEJANDO EL DÍA DE SAN MARTÍN, cuadro del pintor portugués José Malhoa. (De fotografía de Mateu.)

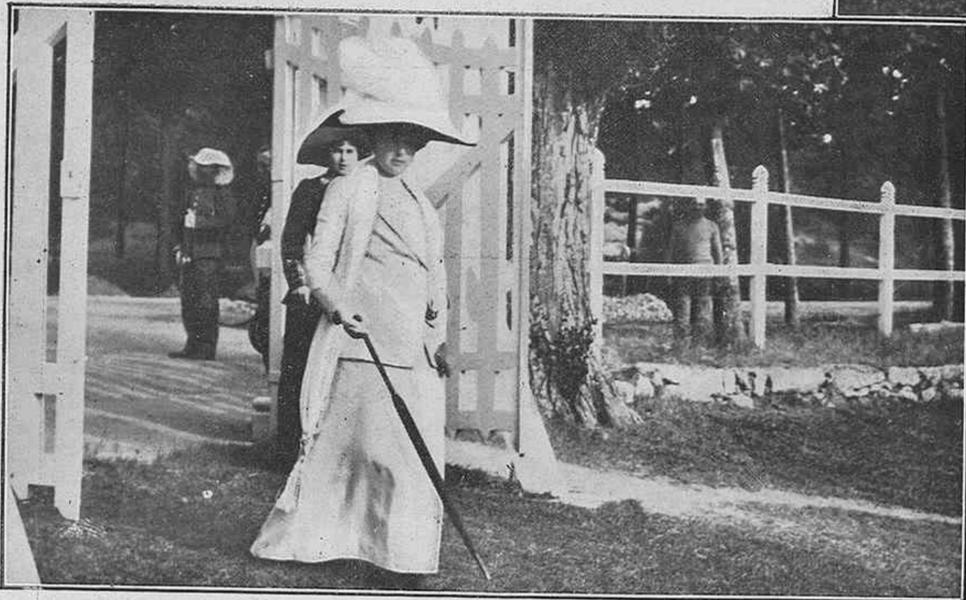
LA CORTE EN LA GRANJA. (Fotografías de Asenjo y Salazar.)

Continúa la Real familia en La Granja, haciendo la vida campestre y sencilla que explicábamos en el número anterior. El rey, con el príncipe Raniero y



S. M. el rey jugando al polo con el infante D. Alfonso, el príncipe Raniero y el marqués de Viana

el infante D. Alfonso, dedícanse preferentemente al juego del polo; la reina, el príncipe de Asturias y los infantitos dan sus paseos por el



S. M. la reina Doña Victoria Eugenia dirigiéndose al campo del polo para presenciar una partida

Real sitio y sus alrededores, y todos juntos emprenden a veces interesantes excursiones como la que efectuaron hace pocos días a los pinares de Valsain, llegando hasta la Boca del Asno.

Un suceso diplomático ha interrumpido por algunas horas esta tranquila existencia; nos referimos a la recepción de la misión dinamarquesa encargada de notificar oficialmente a nuestro soberano la muerte de Cristián Federico VIII y la exaltación al trono de Cristián X.

La misión, compuesta del enviado extraordinario Sr. Odeneill de Oxholm, mayordomo mayor de la corte de Copenhague, y del diplomático Sr. De Vindt, a quienes desde París acompañaba el ministro plenipotenciario de Dinamarca en España conde de Reventlow, llegó a Madrid el día 7 de este mes, siendo recibida por el jefe de la sección de Protocolo del ministerio de Estado D. Emilio de Heredia y del secretario de embajada Sr. Espinosa de los Monteros, puesto a

Al día siguiente los individuos de la misión marcharon en automóviles a La Granja, acompañados por el ministro de Estado, y después de haber descansado en la Casa de Canónigos, dirigiéronse a pie a palacio.

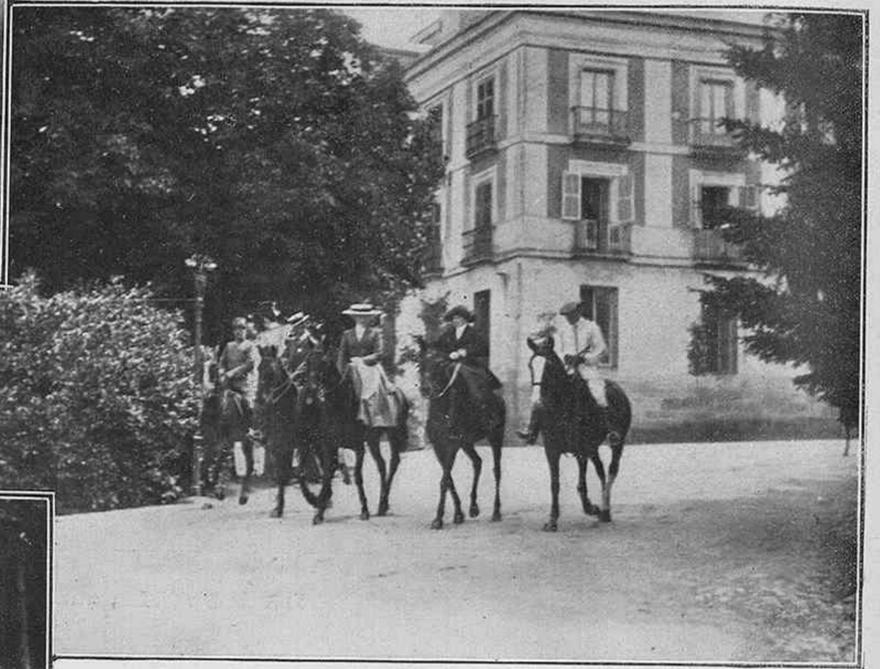
Una compañía de Cazadores de Figueras, con bandera y música, hizo los honores de ordenanza, tocando el Himno danés.

La recepción se celebró, con gran solemnidad, en la antecámara.

Con S. M. el rey asistieron a ella el comandante general de Alabarderos general Sánchez Gómez, el general D. Gabino Aranda, el ayudante secretario de S. M. conde del Grove, el inspector de los Reales Palacios Sr. Zarco del Valle, el duque de Santo Mauro y otros altos palatinos.

Después de la presentación de credenciales, en que se cambiaron los discursos de rúbrica, cumplieron los comisionados a la reina Victoria y a los infantitos.

Cerca de las dos se celebró el banquete en honor de la misión. Éste tuvo lugar en el comedor bajo, donde habían sido instaladas tres gran-



La familia real saliendo de La Granja para efectuar una excursión a los pinares de Valsain y a la Boca del Asno

des mesas. La del centro la presidían los reyes; la de la derecha los infantitos D. Fernando y Doña María Teresa, y la de la izquierda los infantitos D. Alfonso y Doña Beatriz.

Durante el almuerzo estuvo corriendo, por primera vez, la cascada nueva, y tocando alegres marchas la charanga de Figueras.

Terminado el banquete, los comisionados regresaron a la Casa de Canónigos, con objeto de quitarse los uniformes.

Luego pasearon con los reyes e infantitos por los jardines, mientras corrían, en su honor, todas las fuentes.

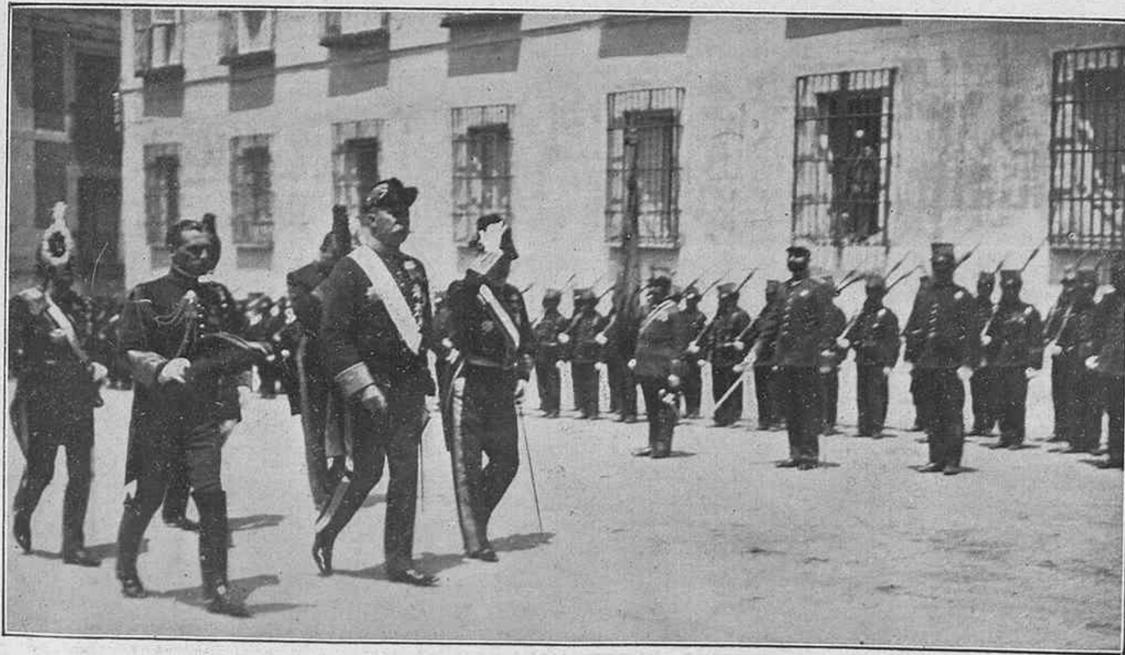
A última hora de la tarde regresaron a Madrid, haciendo el viaje también en automóvil.

Durante su estancia en Madrid, los comisionados han visitado el Palacio Real, la Armería, las Caballerizas y varios museos.

Además fueron obsequiados en el Ministerio de Estado con un almuerzo, que se celebró en el salón de juntas. El banquete fué presidido por el jefe del Gobierno Sr. Canalejas y a él asistieron los comisionados señores

Oxholm y De Vindt, el ministro de Estado, marqués de Alhucemas, el capitán general de Madrid, el ministro plenipotenciario de Dinamarca en España, el alcalde Sr. Ruiz Jiménez, el Sr. Pastor y Bedoya, ministro que fué durante muchos años de España en Copenhague; los jefes de secciones del ministerio, Sres. Ferraz, Padilla, Ossorio, duque de Vistahermosa, Tovía, Zayas y Crespo, el segundo introductor de embajadores Sr. Heredia, el subsecretario Sr. González Honoria y el Sr. Espinosa de los Monteros.

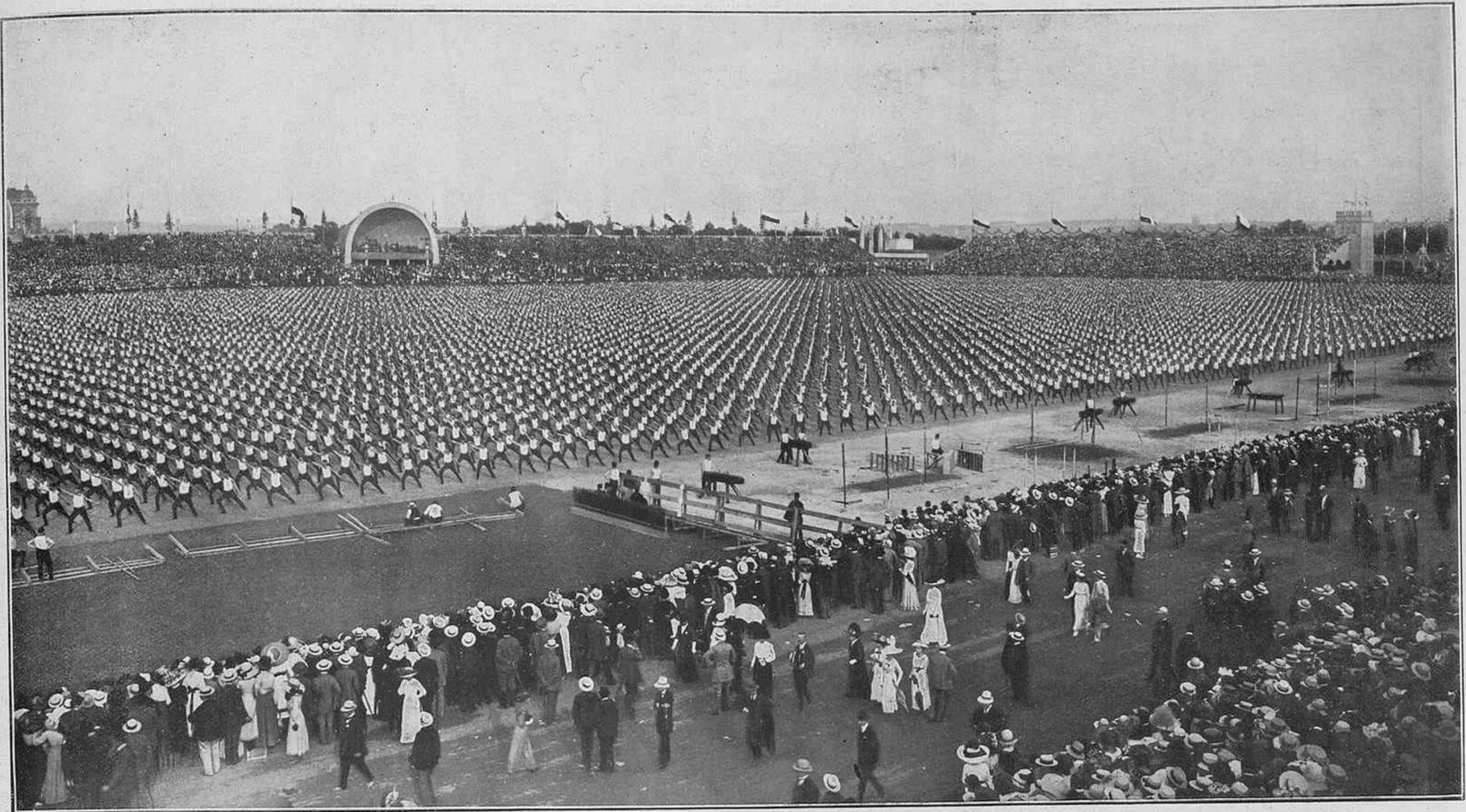
El Sr. Oxholm, acompañado de los Sres. Reventlow y Espinosa de los Monteros, efectuó el día 9 una excursión a Toledo, en donde visitó la catedral, San Juan de los Reyes y otros monumentos aquella misma noche a Madrid.—R.



La comisión extraordinaria dinamarquesa dirigiéndose al palacio para comunicar a S. M. el rey D. Alfonso XIII el advenimiento de Cristián X al trono de Dinamarca

y, acompañado del marqués de Vega Inclán, la casa del Greco, regresando

PRAGA.—LA FIESTA DE LOS SOKOLS. (Fotografías de B. Dvorak, enviadas por Carlos Trampus.)



Ejercicios de conjunto ejecutados por doce mil hombres

La nación checa ha celebrado recientemente en Praga la sexta olimpiada de los sokols y al mismo tiempo el primer congreso de los sokols eslavos y la inauguración del monumento dedicado al eminente historiador nacional de Bohemia Francisco Palacky, que fué el gran campeón de la idea nacional checa.

De todas estas fiestas las más grandiosas fueron los ejercicios de los sokols, que se efectuaron en la planicie de Letna, en un inmenso cuadrilátero rodeado de tribunas capaces para 200.000 espectadores y siempre llenas.

Las sociedades de los sokols son algo más que sociedades gimnásticas en el sentido que ordinariamente suele darse a esta palabra. Son un organismo de un poder formidable, de una admirable armonía; son algo indefinible, sometido a una severa disciplina, poseído de una fe frenética y que persigue con indomable entereza un hermoso ideal.

El cronista del diario parisiense *Le Figaro*, que asistió a las fiestas como presidente de la delegación de la prensa fran-

cesa, describe los ejercicios de los sokols en los siguientes términos:

«Por la derecha y por la izquierda, avanzan unos al encuentro de los otros, en apretadas filas, por masas de seis mil hombres; en el momento de encontrarse, hacen una conversión, se desdoblán, se juntan, vuelven a desdoblarse y forman al través de la arena como largas serpientes, cada vez más delgadas y que ondulan hasta que de pronto toda aquella masa, inmóvil y dividida en largas cintas paralelas, se separa, a una señal, y los doce mil hombres, extendiendo los brazos y tocándose los dedos, forman hileras geométricamente trazadas y dibujan sobre el suelo líneas rígidas, paralelas, transversales y diagonales, que parecen prolongarse hasta el infinito, sin solución de continuidad.

»Otra señal, y veinticuatro mil manos cayendo sobre veinticuatro mil muslos, rompen el silencio con un golpe único. Luego comienzan sus movimientos; son movimientos de los brazos, de las piernas, del torso, armoniosos y lentos, nunca

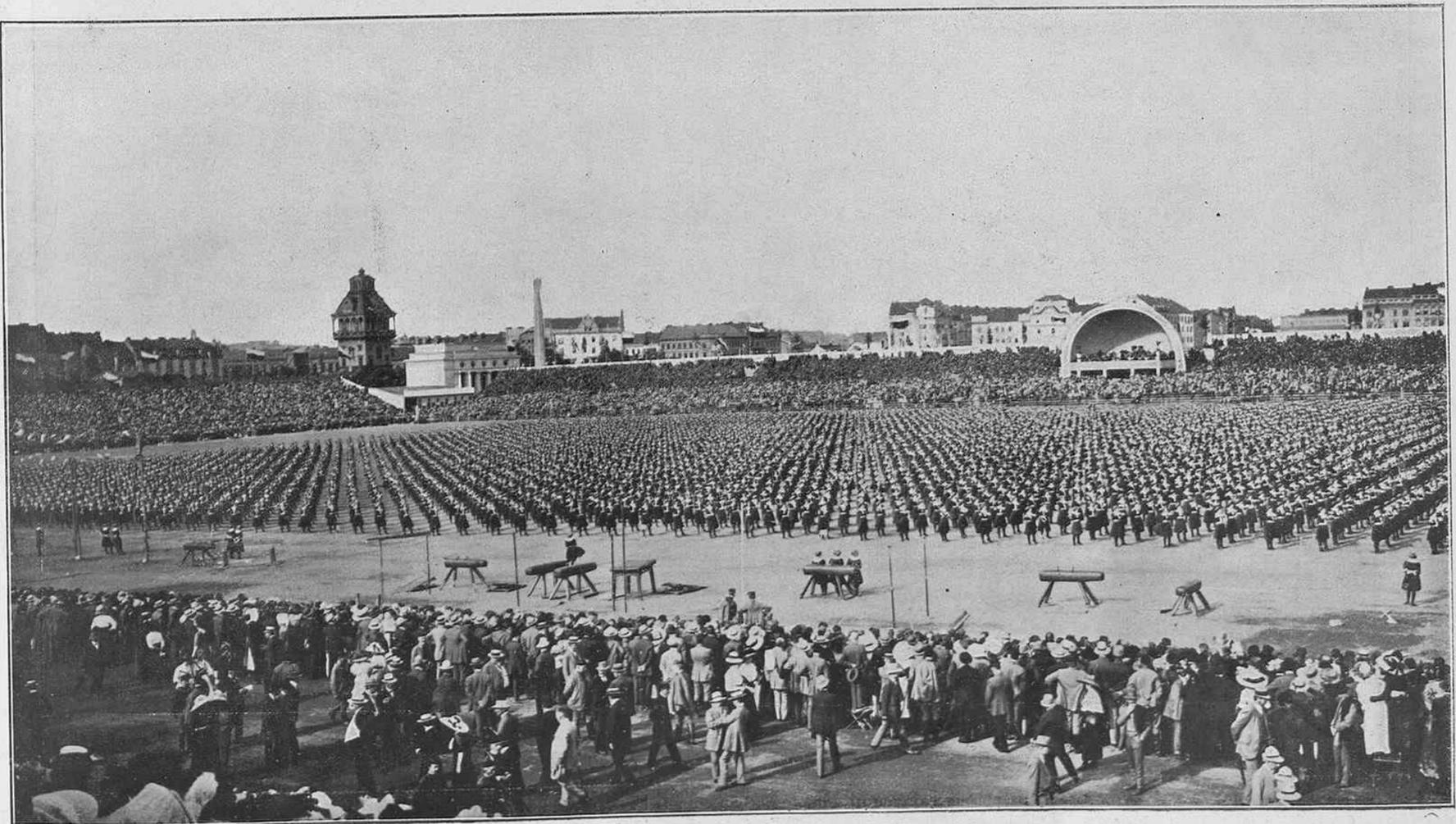
rudos, ni brutales, ni secos, siempre destinados a expresar la gracia, no la fuerza.

»Lo maravilloso de estos movimientos, muy numerosos y acompañados por el ritmo de una orquesta, es que son ejecutados por aquellos doce mil cuerpos humanos como si un mecanismo único los pusiese a la vez en movimiento. Veinticuatro mil manos y doce mil piernas se levantan o se bajan simultáneamente; doce mil torsos se inclinan, se echan hacia atrás o se vuelven, y doce mil cabezas se mueven al mismo tiempo.

»En el aire, agitado por veinticuatro mil brazos, se oye el silbido que el roce de éstos producen en la misma fracción de segundo.»

Los ejercicios de las mujeres son iguales a los de los hombres y se ejecutan con las mismas perfección y precisión.

Los adjuntos grabados dan idea exacta del hermoso espectáculo de estas fiestas gimnásticas, en las cuales han tomado parte doce mil hombres y ocho mil mujeres. —S.

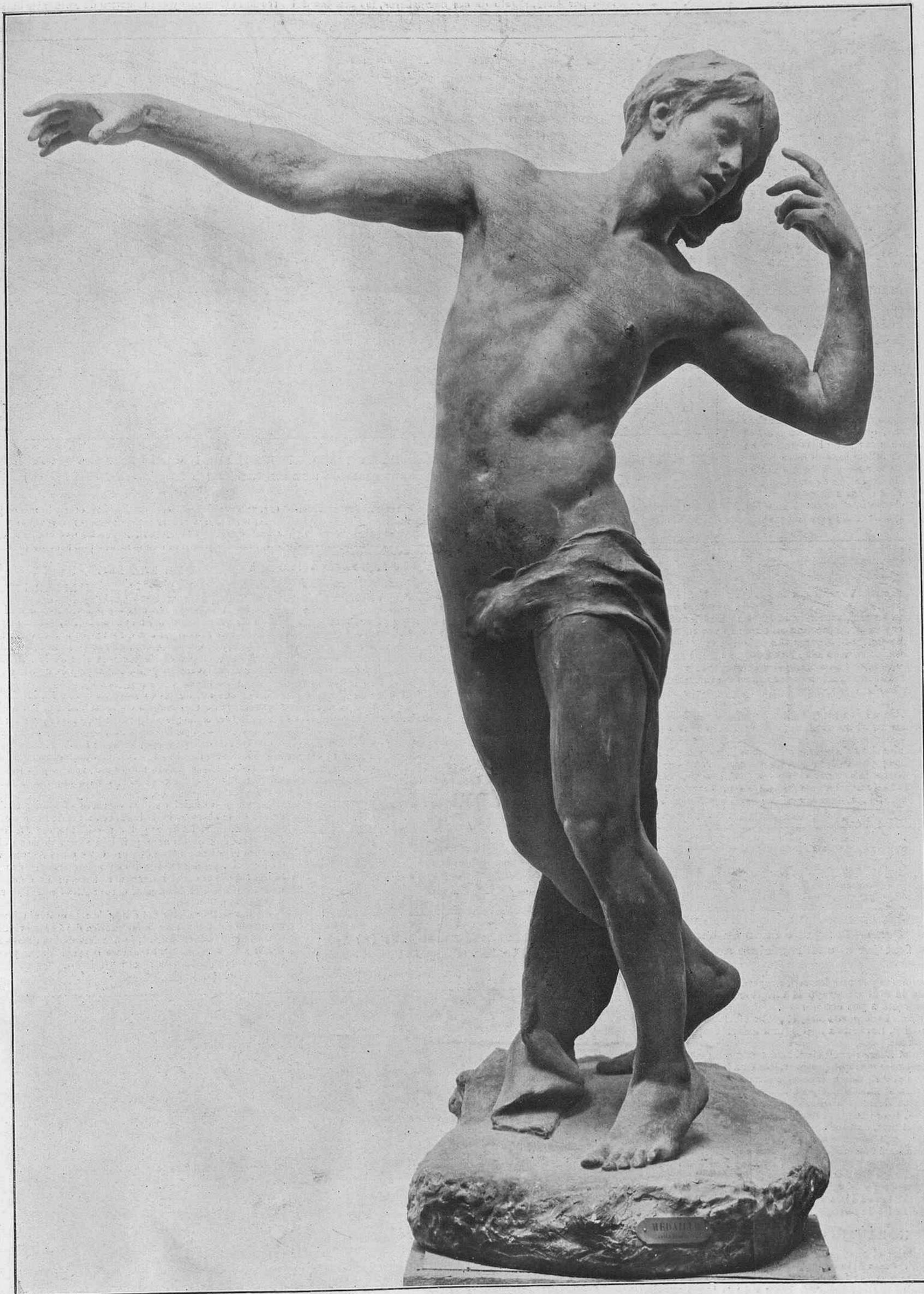


Ejercicios de conjunto ejecutados por ocho mil mujeres



CARMEN, escultura de Vincent, premiada con tercera medalla.

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



DESPERANZA, escultura en bronce de Eugenio L'Hoest, premiada con segunda medalla

(Reproducción autorizada por el Sindicato de la Propiedad Artística.)



El aeronauta Mr. Vániman, que ha fallecido a consecuencia de la explosión de su dirigible *Askron*. (De fotografía de Branger.)

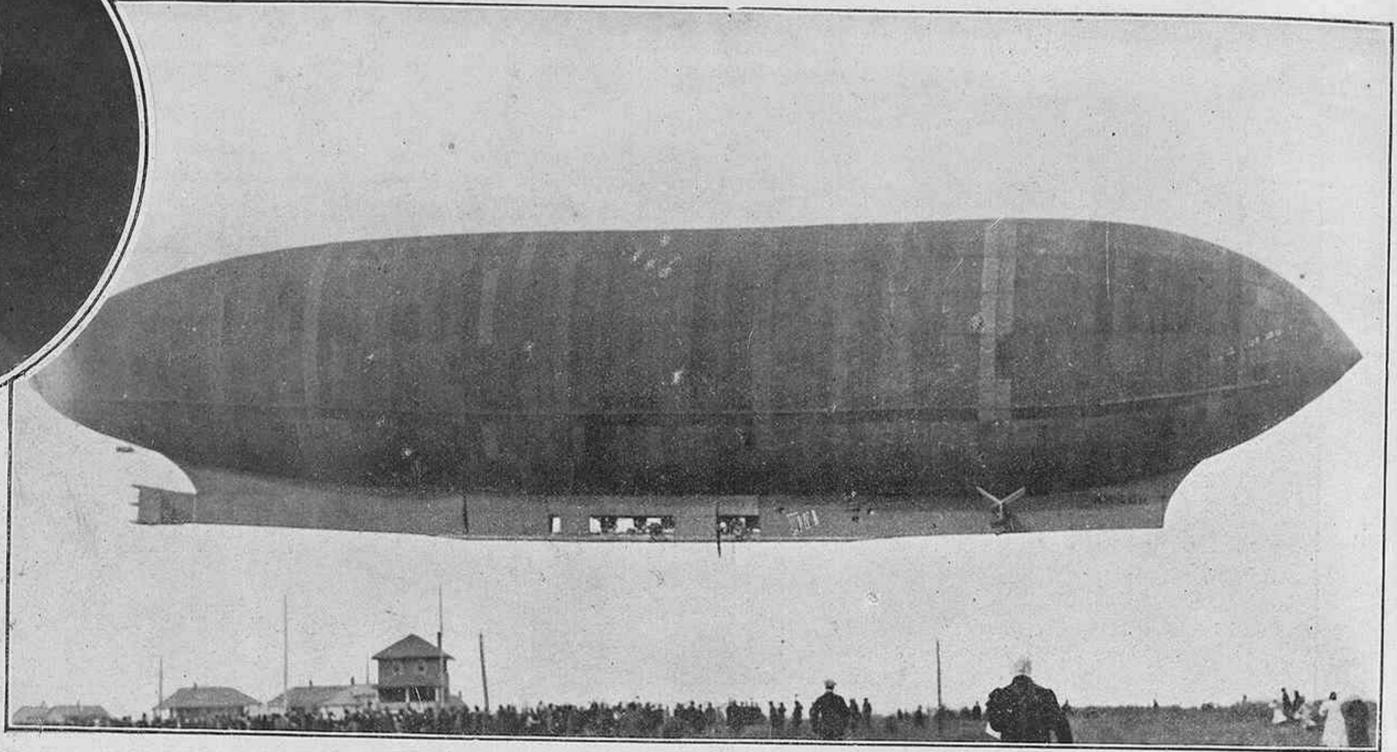
EXPLOSIÓN DEL DIRIGIBLE «ASKRON»

El ingeniero aeronauta norteamericano Vániman, que había concebido el proyecto de atravesar el Atlántico en dirigible, ha fallecido, con siete personas más que le acompañaban, a consecuencia de la explosión de su globo *Askron*, ocurrida el día 2 de este mes.

En 1910 intentó, en compañía de Mr. Wellmann, realizar la proyectada travesía; pero la prueba fracasó. Mr. Vániman,

En uno de los entreactos le fué entregado por el ilustre escritor y administrador de la Comedia Francesa Julio Claretie una reducción en bronce de la estatua de Shakespeare modelada por Aubé, regalo de sus compañeros, los artistas del

Al día siguiente celebróse en honor suyo, en el Pré-Catelan, un espléndido banquete al que concurrieron el subsecretario de Estado de las Bellas Artes, todo el personal del teatro de la Comedia y gran número de eminentes literatos, poe-



El dirigible «Askron» con el cual se proponía su dueño, Mr. Vániman, hacer la travesía del Atlántico y que ha quedado destruido a consecuencia de una explosión. (De fotografía de Central Photos.)

teatro, como testimonio de gratitud por sus eminentes servicios y recuerdo de aquella noche memorable.

tas, autores dramáticos, críticos, actores y hombres políticos. Al final del almuerzo, pronuncióse muchos y muy elocuentes discursos encomiásticos, a los que contestó el festejado, emocionadísimo, con sentidas palabras de gratitud.



París.—Banquete dado en honor del eminente actor francés Mounet-Sully (x) para festejar el cuarentésimo aniversario de su debut en el teatro. (Fotografía Central Photos.)

LA BANDERA DE LA AERONÁUTICA MILITAR FRANCESA

El regimiento de aeronáutica del ejército francés carecía hasta ahora de bandera; en vista de ello, las damas del club parisiense *Stella*, sociedad de mujeres aeronautas, formaron el proyecto de ofrecerle una, con el asentimiento del coronel Hirschauer, inspector de los servicios de la aeronáutica, y organizaron una subscripción con cuyo producto han realizado su patriótica idea.

La bandera es de seda y lleva en el centro, bordada en oro y encerrada en una corona de laurel, un ancla de cuya asta parten dos alas desplegadas; debajo, se leen, también bordados, los nombres de las batallas y de las campañas en que ha tomado parte la aeronáutica militar: Fleurus, Extremo Oriente y Marruecos; en la parte superior hay la inscripción «Aeronáutica Militar.» En un magnífico lazo, hay la dedicatoria: «Stella, 1912;» entre el nombre y la fecha, una estrella insignia del club.

La entrega oficial de esta bandera efectuóse el día 6 del actual en los locales de la Inspección permanente de la Aeronáutica militar. La infatigable presidenta del *Stella*, señora de Surcouf, a quien acompañaban varias damas del club y algunos representantes del Aero Club y del Automóvil Club de Francia, pronunció sentidas y patrióticas frases y entregó la bandera al coronel Hirschauer. Éste, en un elocuente discurso, agradeció a las damas aeronáuticas aquella prueba de patriotismo.

En la revista militar del día 14 de este mes, al mismo tiempo que el presidente de la República dará a los aviadores militares el estandarte oficial, la bandera de las damas del club *Stella* será entregada al teniente coronel Voyer y colocada luego en la sala de honor del regimiento.

sin desanimarse por este fracaso, preparó una nueva expedición, para la cual construyó el dirigible transatlántico *Askron*, que costó 2.500.000 francos.

Terminado hace pocos días, el globo efectuó un ensayo en Atlántic-City, llevando a bordo siete individuos, algunos de ellos de su familia.

Cuando el *Askron* evolucionaba a 1.000 metros de altura, las tres mil personas que presenciaban su ascensión vieron de pronto que el dirigible desaparecía envuelto en una gran llama y oyeron al mismo tiempo una terrible detonación.

Momentos después aparecieron, cayendo con velocidad vertiginosa, los restos incendiados del dirigible, que se hundieron en el mar, con los cadáveres de los desdichados aeronautas.

Vániman había formado parte de dos expediciones que, en su época, hicieron sensación: una al Polo Norte en globo, cuyo organizador fué Mr. Wellmann y que fracasó desde el primer momento; y la del dirigible *América*, que cayó a 250 kilómetros del cabo Hatteras, en la Carolina del Norte, después de seis días de navegación aérea sin rumbo.

HOMENAJE A MOUNET-SULLY

Para festejar el cuarentésimo aniversario del debut en la Comedia Francesa del eminente actor Mounet-Sully dióse el día 4 de este mes una función en honor suyo en aquel teatro. Representóse la tragedia *Andrómaca* y en la interpretación del papel de Orestes estuvo el gran trágico, como de costumbre, a una altura incommensurable.

Durante toda la representación fué objeto Mounet Sully de calurosas ovaciones, que al final se convirtieron en una delirante explosión de entusiasmo; el público escogido que llenaba la sala no acababa de aplaudirle y aclamarle mientras el escenario se llenaba de flores que caían de todos los lados del teatro.



París.—Bandera que la sociedad de mujeres aeronautas ha regalado a la Aeronáutica militar (De fotografía de Central Photos.)

MATRIMONIO SECRETO

NOVELA ORIGINAL DE PABLO BERTNAY.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA. (CONTINUACIÓN.)



— La señorita Rolanda es tan encantadora, tan digna de inspirar un amor como el de Ludovico...

Y cuando hubo concluído, él con su sonrisa tan cariñosa, tan paternal, le dijo:

—Ea, hija mía, seca tus lágrimas; que aun la felicidad brillará en tus ojos.

—¡Oh, mi querido Claudio! ¿Verdad que no me dices esto sólo para consolarme? Si así fuese mi pena no tardaría en recrudescerse.

—Ya sabes que nunca te he engañado.

—Es cierto; tú siempre dices la verdad.

—Pues ten confianza en tu gran amigo.

—Sí, en mi grande y único amigo.

—¡Único!.. ¿Y él?

—¡Él! Mira lo que me ha escrito, contestó Rolanda lanzando un suspiro hondo, desolado.

—Escrito..., escrito... Lo que quiero ver es lo que me dirá a mí.

—¡Quieres!..

—Sí, creo que es hora de que nos conozcamos.

Y como por arte de magia iluminóse el rostro de Rolanda, quien exclamó:

—¡Ah! Ya sabía yo que nos salvarías a todos.

—¿Le quieres mucho?, preguntó Claudio sonriendo aún más cariñosamente.

—Sí, murmuró la joven apoyando su cabeza sobre el pecho de su gran amigo.

—¿Con toda tu alma?

—Mira, Claudio, lo que te he dicho cuando me has contestado que estaba loca, es abominable, ya lo sé; pero era la verdad. Hace un momento ¡sentía unas ganas de morirme!

—Y si estuvieras segura de que, a pesar del mal que te hace, a pesar de esa partida que anuncia..., y que indudablemente proyecta, porque Enrique es sincero, te ama todavía...

—¡Ah! Aunque no me consolara, sería tan dichosa..., murmuró en voz baja.

—¡Oh juventud! ¡Oh amor!, exclamó Claudio con los ojos llenos de lágrimas. Pues bien, hija mía, espera aún tu parte de felicidad; el habértela propor-

cionado será mi consuelo... Y ahora vámos a lo más urgente; en seguida voy a la prefectura de policía y tú vuelve a tu casa. Aguarda allí mis noticias y tranquiliza a tu madre. Recuérdale mi promesa de que nada ha de temer.

—¿Y él?, preguntó Rolanda tímidamente.

Claudio la miró con una sonrisa en la que había cierta malicia, pero tan paternal...

—¿Quién es él?

Pero Rolanda, sin hacer caso de la pregunta insidiosa del que parecía burlarse de ella contestó:

—Como has dicho que querías verle...

—¡Ah! Te referías a Enrique... No acertaba.

—Y dices que no mientes nunca..., embustero...

—Pues bien, dijo Claudio riendo ya francamente, eres demasiado curiosa y en castigo de ello vendrás por la respuesta mañana.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Porque mañana te necesito, respondió recordando su seriedad. ¿Estás libre al mediodía?

—De once a dos.

—Pues ven a las once y media.

—¿Aquí o a tu casa?, preguntó Rolanda mientras miraba instintivamente la puerta de un gabinete contiguo.

—Aquí estaremos bien. Sé puntual.

—¡Oh! No temas que me retrase.

—Y ahora dame un beso y corre al lado de tu madre en tanto que yo voy a la prefectura.

Rolanda le besó efusivamente.

—Hasta mañana, para una buena noticia, ¿verdad Claudio?

—Así lo espero.

Claudio fué en seguida a la prefectura e hizo pasar su tarjeta. Y como el doctor Lecoutellier, comandante de la Legión de Honor y miembro del Instituto no era de los que han de hacer antesala, el secretario general le recibió en el acto y le preguntó afectuosamente:

—Señor doctor, ¿en qué podemos serle útiles o agradables?

—Haciendo una cosa muy sencilla aunque no siempre sea tan fácil como se supondría.

—Diga usted.

—Dejando de desplegar todos sus rigores contra dos personas dignas, por el contrario, de la benevolencia de usted; de dos pobres mujeres en pro de las cuales vengo a pedir su alta protección.

—¿A quién se refiere usted?

—A la señora y a la señorita de Casteras.

—¿Cómo dice usted?

—Sí, ya sé..., o supongo que hace poco alguien ha debido hablar a usted en muy diferente sentido.

—En efecto, esta mañana...

—Ha recibido usted la visita de alguna persona enviada por el barón de Lorgerac.

—El barón en persona ha venido; y como no ha hecho un misterio de su visita, tampoco he de hacerlo yo... Según parece, esas señoras obligan a gastar más de lo que puede a su hijo que está a punto de pedir dinero a un usurero.

—No sé si el hijo del Sr. de Lorgerac pide dinero a préstamo e ignoro lo que hace de este dinero; pero lo que sí puedo afirmar a usted es que ni un céntimo de él ha entrado ni entrará jamás en casa de la señora Casteras.

—¿La conoce usted?

—Desde hace diez y siete años, y en este tiempo no las he perdido un momento de vista...

—Pues entonces...

—Esa señora y su hija han vivido durante muchos años en mi casa, con mi madre, de quien han seguido siendo las leales y casi únicas amigas. No conozco otras personas más dignas de respeto ni cuya vida sea más regular, más laboriosa, más limpiada.

—Me confunde usted...

—Poseen una pequeña fortuna personal en obli-

gaciones de ferrocarriles cuyos números puedo dar a usted...

—Fío enteramente en su palabra.

—Y a esto añaden sus sueldos como profesoras de la institución Laferté que les producen cerca de cuatro mil francos al año.

—Caballero, nada nos habían dicho de esto...

—Lo suponía. Tampoco han dicho que entre esas señoras y el barón de Lorgerac existe una grave y antigua cuestión de familia acerca de la cual podría yo referir cosas muy sorprendentes e instructivas si no hubiese en ello un secreto íntimo que no me creo en el derecho de revelar a usted, a lo menos por ahora.

—Juro a usted que si hubiese sabido...

—Habría usted puesto más cortesía en las advertencias que por orden de usted se les han hecho... Pues bien, caballero, yo sólo vengo aquí para salir fiador de la señora y de la señorita Casteras; y autorizo a usted para decir a los que vengan a solicitar nuevas medidas de rigor contra tan dignas personas que el doctor Lecoutellier responde de ellas como de sí mismo, que se considera como el tutor de la señorita Rolanda, que se honra con la amistad de la madre y que si se reproduce la más pequeña vejación contra esas damas cuya única culpa es estorbar e inquietar ciertos intereses poco recomendables, seré más explícito y correrá de mi cuenta el poner en evidencia hechos que no honran a alguien... cuyo nombre me abstengo todavía de decir...

—Pero que se llama el barón de Lor...

—No le nombraré, dijo el doctor interrumpiendo con un ademán al secretario, mientras a ello no me obligue un nuevo ataque.

—Por lo demás, señor doctor, todo se habría aclarado, en plena justificación de sus protegidas, porque habíamos prometido solamente una información y en el entretanto una advertencia.

—Que ha sido brutal, confíeselo usted.

—Lo lamento profundamente... Los subalternos se extralimitan por querer mostrarse celosos; pero la información estará pronto hecha, pues usted me ha dado todos los elementos para la misma. Y si, una vez terminada exige una carta de disculpa o un acto personal del que ha sido torpe instrumento...

—No, no, exclamó sonriendo el doctor; no pido sino que se deje tranquilas a esas señoras.

Claudio, al salir de la prefectura fué a la Escuela de Medicina a escribir dos cartas; una para Rolanda, confirmando los resultados, ahora positivos, de su entrevista con el secretario general de la prefectura, y otra concebida en los siguientes términos:

«Señor de mi consideración, ¿quiere usted dispensarme el honor de celebrar conmigo una entrevista en mi despacho de la Escuela de Medicina? Tengo que hablarle de cosas graves y confidenciales y que la delicadeza y la lealtad de usted le obligan a conocer.

»No dudo, pues, de que acudirá a usted a la cita que le propongo para mañana al mediodía.

»Y dando a usted gracias anticipadas, le envío la expresión muy sincera de mis sentimientos de simpatía y aprecio.

Doctor Claudio Lecoutellier, del Instituto».

Y en el sobre escribió:

Sr. D. Enrique de Lorgerac

Bulevar Saint Germain

Personal y urgente

XVII

CORAZONES FIELES .. CORAZONES DESESPERADOS

Cuando Enrique de Lorgerac recibió la carta del doctor, sintió una angustia indecible. Conocía a Claudio y sabía que había sido el salvador. Luego el huésped y después el amigo de Manuela. Ignoraba, en cambio, el gran amor y el sacrificio inmenso de aquellos seres que, a pesar de adorarse habían, en plena juventud y en plena libertad, renunciado el uno al otro. Rolanda quizás sospechaba algo de esto pero jamás se habría atrevido a hablar de ello a nadie y menos a Enrique.

Pero si éste nada sabía del drama íntimo y discreto que, en otro tiempo, motivara la partida y el obstinado alejamiento de Manuela, conocía la paternal amistad del doctor a Rolanda y la adhesión casi filial de ésta a aquel ser bueno y cariñoso que era además, un hombre eminente así por las más admirables facultades de la inteligencia como por las nobles energías de la voluntad y del trabajo.

Enrique adivinaba lo que el doctor quería decirle... Le hablaría de Rolanda, le formularía preguntas a las que él no podría responder y acaso intentaría hacerle volver sobre la resolución cuyas razones dolorosas, desesperadas, invencibles no podía sospechar. Tal vez sería preciso, ante aquel hombre de mirada perspicaz y aguda, explicar con una evasiva lo que era inexplicable. ¡Ah, no! Antes que mentir mejor era no acudir a la cita.

Y, sin embargo, el doctor hablaba de deber, de un deber de delicadeza y de lealtad, y aquel hombre conocía el sentido de las palabras que empleaba; no hablaba, pues, a la ligera de aquellas cosas tan graves. ¿Tenía, pues, algo nuevo que pedirle o de que enterarle? ¿Sería, de consiguiente, faltar a un deber de honor substraerse a aquella entrevista?

¡Ah! La lealtad, la delicadeza, la probidad, cosas todas que él veía pisotear en torno suyo, eran ahora el único refugio en donde podía librarse del asco que sentía, el único patrimonio que había salvado del naufragio de su dicha, de su fe, de su amor.

Después de haber vacilado mucho, decidióse al fin a aceptar la invitación que le hacía Claudio, en nombre de lo que él más respetaba, y a las doce en punto llegaba a la Escuela de Medicina.

—¿El doctor Lecoutellier?, preguntó.

—¿Es usted la persona a quien tiene citada?

—Soy el Sr. de Lorgerac.

—Haga usted el favor; el doctor le espera.

Un instante después abríase una puerta que daba a un gran despacho cuyas paredes estaban cubiertas de librerías y estantes y en cuyo centro había una gran mesa atestada de libros, de folletos y de legajos de papeles. En el fondo, alzabase una amplia vidriera, una de cuyas cortinas, por casualidad levantada, dejaba ver la perspectiva de una serie de laboratorios llenos de hornillos, vasijas, de aparatos de todas clases que despertaban ideas de trabajo, de esfuerzo, de paciencia.

El doctor habíase levantado para recibir al visitante a quien esperaba. Enrique que le veía entonces por primera vez, experimentó en seguida la profunda y prestigiosa impresión de aquel hombre de alta estatura y anchas espaldas; de aquel hombre, joven todavía, de belleza intelectual y viril y cuya amplia frente parecía aún más amplia dentro del marco de aquella cabellera leonina que el doctor, con un gesto familiar, echaba hacia atrás. Y sintió sobre todo la impresión de aquella mirada aguda, escrutadora hasta el fondo de las conciencias y llena, sin embargo, en aquel momento de una benevolencia cariñosa.

—Estaba seguro de que vendría usted, dijo Claudio a Enrique tendiéndole su mano robusta y de líneas vigorosamente modeladas.

—Su carta, caballero, invocaba sentimientos...

—Que con usted no se invocan nunca en vano; estaba convencido de ello y me siento dichoso, muy dichoso, de no haberme equivocado.

Y fijando su mirada en aquellos ojos, en los que sólo veía rectitud y franqueza, prosiguió:

—Conozco a usted desde hace algún tiempo y he sabido de usted cosas que me han inspirado gran estimación por el que quería realizarlas. Una estimación, añadió como si leyese de corrido en el conturbado pensamiento del joven, que no han disminuído sucesos más recientes. Y crea usted que esta estimación no la prodigo sino que trato de otorgarla con conocimiento de causa, lo que hace que sea parco en concederla.

—Sé lo que esta estimación vale, respondió Enrique con voz ahogada, y espero que algún día usted y todo el mundo reconocerán que nunca he dejado de ser digno de ella.

—Sí, usted y yo somos de la familia de los hombres honrados y como tales vamos a hablar.

Y luego bruscamente le preguntó:

—¿Por qué ha escrito usted esa carta a Rolanda? Enrique vaciló al pronto, pero en seguida, como para decirlo todo de una vez respondió:

—Porque nuestros sueños sólo eran sueños; porque nuestros proyectos son irrealizables; porque se alza entre nosotros un obstáculo insuperable, porque faltaría al honor y a algo peor todavía si diera más explicaciones; porque me resigno a ser acusado, odiado, antes que merecer una reprobación mas insoportable aún; porque, en una palabra, ni puedo obrar de otro modo ni decir a usted sino que parto, que desaparezco y que nadie volverá a oír hablar de mí.

—¿Y adónde va usted?

—No lo sé todavía, pero quiero..., debo marcharme... Hay aquí demasiadas penas, demasiados descorazonamientos, demasiadas cosas odiosas que me hacen sufrir a mí y hacen sufrir también a las personas a quienes amo.

—Sí, respondió Claudio que leía ya como en un libro abierto en aquella desesperación; aquí reside todo el mal que engendra esa cosa tan temible y nefasta cuando el trabajo no la dignifica: el dinero.

—¿Qué quiere usted decir?, exclamó Enrique consternado.

—No más que lo que digo, hijo mío; permítame que le llame así porque a ello me autoriza mi edad y me impulsa mi corazón. Sí, tiene usted razón; substraigase al contagio del mal.

—No tengo otro deseo que éste.

—Deseo que no proceda de un alma vulgar y que me demuestre que es usted tal como yo lo adivinaba... Aprenda usted a trabajar; sea usted viril y no espere nada sino de su energía y de su inteligencia... Rolanda es bastante joven para esperar.

—¡Rolanda! ¡Ya no debo amarla!

—Y sin embargo la ama usted.

—¿Qué importa si no ha de saberlo, si mi sufrimiento es para mí solo, si mi adorada no sospecha que me llevo su recuerdo para siempre, que ella ocupa por entero mi corazón.

Claudio miró involuntariamente hacia una pesada cortina que ocultaba una puerta.

—¿Y si ella lo sabe y también sufre y como usted no quiere recobrar el corazón que ha dado?

—¡No es posible! ¡Sería demasiado doloroso!

—Pues yo me regocijaré de ese amor que al hacerles sufrir a los dos les fortalece el alma. El amor no merece este nombre sino cuando es al mismo tiempo sacrificio y deber; y por esto me regocijo por usted y me regocijaré por Rolanda.

—No, usted no sabe, no puede saber...

—¿El obstáculo? ¿Hay acaso alguno que no pueda vencer un amor como ese cuyo áspero goce envidio a usted? ¿No es el amor quien alana montañas? ¿No es el vencedor de los hombres y de las cosas, más fuerte que la muerte, hacedor de milagros? Y usted, hombre de poca fe, cree que no vencerá también al enemigo corruptor, a ese enemigo que canta victoria demasiado pronto en la casa en donde es señor y dueño, en donde impera como deidad maléfica?

Y respondiendo a la angustiada mirada del hijo de Francisco de Lorgerac, añadió:

—Sí, el enemigo, el dinero nefasto, maldito, que siembra cóleras y odios, que le condena en este momento a usted a la desesperación, pero al que usted reducirá un día a la impotencia.

Y para detener una frase desatinada en los labios de aquel muchacho a quien ahora asustaba con la acuidad de su visión y aterraba con la violencia de un secreto que él creía sepultado en su corazón, prosiguió diciendo:

—No, no solicito sus confidencias, no quiero luchar contra su resolución, que no es usted de esos a quienes se enseña o se explica el deber. Usted ha visto dónde el deber estaba; siga usted su camino en el que no se extraviará. Pero es demasiado orgullo, hijo mío, creerse único capaz de tal heroísmo de amor; también yo he tenido la alegría de desarrollar en un alma escogida los instintos nobles y las hermosas energías.

—¿Y por qué quiere usted que esa alma sufra?

—Para que se eleve aún más.

—Si la ama usted, ¿no debe procurar ante todo su paz, su reposo, su dicha? ¿No tendrá ella algún día derecho de decirle: «Yo podía ser dichosa y usted ha malogrado mi existencia?»

—¿Y usted ha podido amarla pensando que un día sería capaz?..

—Sí, porque la amo por ella y no por mí. Usted no tiene derecho a condenarla a un heroísmo que no será sino desolación, a pedir a una criatura débil y frágil lo que ya es sobradamente pesado para las fuerzas de un ser de voluntad y de energía.

—¡Ah, blasfemo del amor! Rolanda en persona contestará a usted.

Y ante el estupor de Enrique, Claudio, abriendo la puerta que la pesada cortina ocultaba,

—Ven, hija mía, dijo; díselo tú misma.

Rolanda, que lo había oído todo, avanzó pálida como una muerta; pero en sus grandes ojos negros resplandecía el fuego de entusiasmo y de fe que deliciosamente la torturaba. Aquella enamorada que se disponía a esclavizar su vida con un juramento quizás sin esperanza, en nada se parecía a la niña de risueñas ternuras a quien tanto amara Enrique por su primavera de juventud y por su gracia apenas salida del capullo. La joven era ya la mujer, la compañera de amor que reclama para sí la mitad de los dolores y de las alegrías. Sus labios, ahora descoloridos, no se abrían para sonreír sino para pedir su parte ardentemente desolada, y al grito de «¡Rolanda!» que lanzó Enrique al verla, respondió con voz vibrante de pasión:

—Sí, Rolanda, su prometida que ha dado a usted

toda su fe, todo su amor y que no quiere recobrarlos ni los recobrará jamás.

—No, exclamó locamente Enrique tendiendo sus temblorosas manos como para cerrarle el camino del abismo adonde corría a perderse con él. ¡No! Ese amor yo lo rechazo; esa fe se la devuelvo. ¡Déjeme solo en mi desesperación!

Pero de aquellos ojos adorados que expresaban tanta generosidad, habían brotado dos lágrimas.

—¡Por Dios!, dijo Enrique sintiendo desfallecer sus fuerzas al contacto de aquel dolor mudo que su corazón no podía soportar. ¡No me torture usted, no me quite el valor! Si yo cediese, si yo aceptase lo que me vuelve loco de orgullo, de dolor, de angustia, lo que usted me ofrece como se muestra el paraíso a los condenados, sería indigno de ser amado, sería el más culpable..., el más desnaturalizado. Usted no puede saber, no sabrá nunca por qué me condeno; pero si lo supiese, bajaría usted la cabeza, se lo juro, y me dejaría partir.

—¡Está bien! Parte, pues, exclamó Rolanda rompiendo en sollozos; parte, ya que sientes más orgullo que amor. Abandóname, pero no me impedirás que permanezca fiel a mi cariño.

—¡No, no! ¡Es un adiós para siempre!
—Es un juramento que hago en mi dolor como lo hice en mi alegría. Por lejos que estés, por largo que sea tu destierro, en todas partes y siempre estarás que estás solo y estarás constantemente en mi corazón.

Y quebrantada por aquel arranque en el que había puesto todo el valor y todo el desconsuelo de su alma, cayó desfallecida en los brazos de Claudio que se abrieron entonces al inmenso dolor de la enamorada, como antes se habían abierto a sus pequeños pesares de niña, mientras Enrique, loco, inconsciente, huía como malhechor perseguido por el espanto del atentado del que ha sido cobardemente espectador y cómplice.

En aquel amplio despacho quedaron solos Claudio y Rolanda.

—¡Valor, hija mía!, decía el doctor acariciando aquella cabeza que se abandonaba sin fuerzas.

—¡No volverá, Claudio, no volverá más!
—¡Bah! ¡Te quiere mucho!, respondió aquél con una sonrisa que Rolanda, apoyada en su pecho, no pudo ver. Y el amor vence al tiempo y al espacio.

—¿Pero no has oído cómo decía el más culpable..., el más desnaturalizado?..

—El amor hace milagros.
—No me atrevo a creerte.

—Sin embargo sabes que nunca te he engañado... Espera, hija mía; sé fiel, sé valerosa, vuelve al trabajo y espera a que renazca la aurora.

Algunos días después, Enrique entró en el despacho de su padre, con quien no se había vuelto a hallar a solas desde la entrevista que determinó su resolución de partir.

—Padre mío, concédame algunos minutos de atención. No abusaré de sus momentos y por mucho tiempo se verá usted libre de la inquietud que mi presencia pudiera causarle.

—¿Qué significa esto?, preguntó impaciente el barón a quien aquel tono de reserva irritaba.

—Significa que de algunos días a esta parte he reflexionado sobre la vida ociosa, inútil y por ende malsana que llevo y que estoy cansado de ella.

—¿Y qué pretendes hacer?
—Hay en las montañas de Argelia incalculables riquezas minerales, y allí me voy.

—¿Cómo, «te vas!»? ¿Qué nuevo capricho es éste?
—No es capricho; es una resolución muy seria. Parto mañana.

—¿Con qué recursos?
—Nada tema usted; sé las dificultades de su situación y no las aumentaré con una petición de capitales, lo que sería indiscreto. Tampoco me expondré a agravarlas con un préstamo o con otro expediente que pudiera hacer que me tachasen de ligero y con razón de algo peor, si pedía una cantidad que no tuviese la seguridad de poder restituir.

—Este rigorismo es laudable, dijo el barón con voz seca y frunciendo las cejas, pero no te impedirá que me pidas la pensión que representa casi la fortuna que dejó tu madre.

—Nada pediré a usted; me explicó usted su situación...

—No se trata de mi situación sino de lo que es tuyo.

—Como usted ya no lo tiene, no puede dármelo; pero tratándose de padre e hijo, nada importa. En cambio no quiero exponerme a que gentes extrañas digan que su dinero ha servido para arreglar nuestras cuentas de familia.

—No pensabas tan austeramente hace unos días.
—Es que ignoraba entonces lo que hoy sé.

—En fin, ¿cómo vas a vivir?
—Ganándome la vida con el trabajo.
—¡Bah, palabras!
—No, la verdad sencilla pero exacta.
—No se gana uno la vida de la noche a la mañana.
—A veces sí, replicó Enrique con acento siempre sosegado y respetuoso. Un amigo me ha dado una carta de recomendación para el ingeniero que dirige la explotación de los fosfatos de Tebessa y que me ha admitido en el acto como segundo ingeniero, director de los trabajos.

—Buena influencia tiene tu amigo!
—Es el doctor Lecoutellier.

El barón se puso lívido. También él conocía desde la víspera el protector de su hijo, gracias al cual había fracasado toda su gestión cerca de la prefectura de policía. Allí, en efecto, le habían dado a entender de una manera cortés pero categórica que nada podían hacer contra unas mujeres a quienes amparaba el doctor. Sí, era éste un enemigo terrible y declarado, y con él se aliaba su hijo!

Pero el barón, que por instinto y por costumbre jamás rehuía la lucha, fué el primero en atacar.

—Era de esperar. ¿Y a esto llamarás seguramente una protesta?

—No, lo llamo una separación.

¡Una separación! Entre padre e hijo por rebelde que sea éste y por indiferente que sea aquél, esa palabra despierta en seguida la idea desconsoladora de un desgarro, de un abandono, de algo contrario a la naturaleza. Y al oír aquella palabra el barón sintió en su corazón, tan acorazado, sin embargo, contra las emociones, las ternuras y los remordimientos una sensación de sufrimiento agudo, repentino. Pero fué una sensación inmediatamente extinguida y desdeñada; y más sereno, más frío y más enérgico aún que antes, respondió a su hijo:

—Una separación, sea; eres mayor de edad y libre de tus actos. Cuando tu ardor laborioso se calme; cuando en un próximo cambio de parecer comprendas que el puesto de un Lorgerac no está en rascar la tierra en una mina, encontrarás tus habitaciones en este palacio; nada haré modificar en ellas.

—Agradezco su bondad, padre mío, pero no me aprovecharé de ella; jamás volveré a poner los pies en el palacio de Aspremont.

—¿Por qué?, preguntó el barón colérico.

—Porque en él no me hallaría en mi casa..., ni en la de usted; respondió Enrique suavemente, pero con suavidad implacable.

—Afortunadamente tu hermana se encuentra bien en él y me ayudará a acostumbrarme a tu ausencia.

—De parte suya tengo que pedir también a usted un favor. Genoveva ruega a usted que le permita entrar en un convento.

—¡Mi hija!..

—Sabe que si usted no accedía a su petición, tal negativa atraería sobre nuestra familia el disfavor de la opinión pública, lo que podría ser perjudicial para los intereses de usted... Confía, pues, que dará usted su consentimiento, tanto más cuanto que para negarlo no podría usted invocar ni el hábito de una vida común ni la necesidad de un afecto que muy pocas veces ha solicitado usted.

El barón sintió de nuevo aquella sensación de un sufrimiento agudo, acerbo; pero permaneció silencioso. ¿Qué hubiera podido contestar a aquel hijo cuyas palabras eran aún más acusadoras que respetuosas? Así es que cuando Enrique le anunció que Genoveva pensaba marcharse también al día siguientes, limitóse a murmurar:

—Está bien.

En lo sucesivo Francisco de Lorgerac permanecería solo en el palacio de Aspremont... Solo consigo mismo.

TERCERA PARTE

LA TELA DE ARAÑA

I.—UNA DEMANDA DE MATRIMONIO

Habían transcurrido algunos meses y en la casa de la avenida de los Ternos había reanudado la vida de otros tiempos, siempre tan laboriosa pero ahora tan triste! Y cuando Rolanda, por averiguar algo o simplemente por hablar del que no estaba allí, interrogaba a Claudio, éste contestaba con cierta indiferencia:

—¿Enrique de Lorgerac? Pues anda por el mundo, hija mía, se ha sometido a la ley del trabajo y se va haciendo hombre.

—¿Dónde está?
—A punto fijo no lo sé; creo que en Africa.

—¿Y no volverá jamás?

—¡Bah! Todos acaban por volver. Pero la pobre muchacha bajaba la cabeza. Comprendía que entre ella y Enrique se alzaba como un muro infranqueable aquel misterio que él no había querido..., podido revelar, aquel secreto que le había hecho exclamar: «Si yo aceptase lo que usted me ofrece, sería indigno de ser amado, sería el más culpable..., el más desnaturalizado...»

Y cuando al fin insistía cerca de Claudio, preguntándole qué sabía, el doctor contestaba:

—Nada hija mía.
—¿Pero qué sospechas, al menos?

—¡Tantas cosas! Pero sospechar al azar y acusar sin pruebas es exponerse a una calumnia. Cuando yo acuse, añadiré meditación, si algún día acuso, será con fundamento.

—¿Y ahora?
—Ahora, haz como yo, hija mía; espera.

—Pero esperando lo que quizás no llegue nunca... ¡si supieras cuán desalentada estoy!

—¿Le quieres mucho?
—Bien lo sabes, con toda mi alma.

—Pues en tu amor tienes un objetivo para tu vida; tienes en ti misma un refugio contra el cansancio y el desfallecimiento... Y yo te envidio, porque tu juventud tiene derecho a esperar. ¡La esperanza! Por débil, por lejana que sea es la puerta abierta en el camino de la felicidad... ¡Sí, Rolanda, te envidio!

Y la pobre muchacha no había podido averiguar, por Claudio, nada que iluminase el caos de sus suposiciones, de sus sospechas, de sus espantos. Por su madre, tampoco. Manuela había soportado aquel último golpe con indiferencia; ya comenzaba a estar acostumbrada a las decepciones y a los desalentos. Cada vez que había intentado reaccionar contra su mala suerte; cada vez que la casualidad había parecido aclarar un poco su cielo sombrío, había sido siempre para verse luego más hundida en el abismo en donde todo sucesivamente se derrumbaba. Y ahora limitábase a contestar a su hija:

—Ya lo ves, mi pobre Rolanda; ni la felicidad, ni la justicia se han hecho para nosotras. Resignémonos, pues.

Y como por experiencia sabía que esas lasitudes del corazón sólo se curan con la fatiga del cuerpo y de la inteligencia, predicaba con el ejemplo redoblando su trabajo para que su hija recurriese, como ella a tan heroico remedio.

En el entretanto, habíanse reanudado las lecciones al Sr. de Queyrel, con más regularidad, si cabe, que antes del lamentable incidente. Seguramente nadie había dicho a aquel joven ni a su padrino una palabra que pudiera hacerles sospechar aquellos sucesos tristes y, sin embargo, hubiérase dicho que el vizconde había adivinado que la familia Casteras había experimentado un pesar o sufrido una desgracia; hablando de Rolanda sentía repentinos enternecimientos y sus protestas de simpatía a la madre y a la hija eran más paternales, más afectuosas.

También se veía en su ahijado una emoción respetuosa, tímida, pero patente, y al fin hubo de advertirse que miraba a Rolanda con ojos que no eran de indiferencia.

Manuela comenzaba a preocuparse por lo que creía adivinar, cuando un día sus dudas hubieron de convertirse en certeza. Aquel día, a la hora de la lección, en vez de encontrar en la sala, como de costumbre, al vizconde y a Ludovico, encontró sólo al primero.

—¿Solo?, preguntó extrañada. ¿Y el Sr. de Queyrel?

—Discúplele usted por hoy; no se sentía bien...
—¿Pero no es nada grave?

—No, señora. Los muchachos tienen inquietudes que se convierten en grandes penas y entonces se ponen malos...

—En este caso aplazaremos la lección, dijo Manuela dejando instintivamente de contestar a aquella frase ambigua.

—Si usted lo permite, replicó el vizconde bajando confidencialmente la voz, la reemplazaremos por una conversación entre un padre..., que soy yo..., y una madre..., que es usted. Sí, añadió advirtiéndole la sorpresa de Manuela; ya sé que esto no es muy correcto, pero por una sola vez el afecto se sobrepondrá a la corrección. ¿Sabe usted la causa de la pena de Ludovico?

—La ignoro, contestó Manuela con forzada sonrisa y algo contrariada por la pregunta que atribuía a una de aquellas faltas de tacto tan frecuentes en el exoficial del ejército pontificio.

Pues bien, replicó el vizconde sin inmutarse; yo se la diré porque es cosa que también a usted interesa. Mi Ludovico tiene veintiséis años, la edad en que todos los muchachos tienen el derecho de estar enamorados, y él lo está.

(Se continuará.)

BARCELONA. FIESTAS BENÉFICAS.—EN EL TIRO DE PICHÓN.—EN EL «TURÓ PARK» (Fotografías de A. Merletti.)



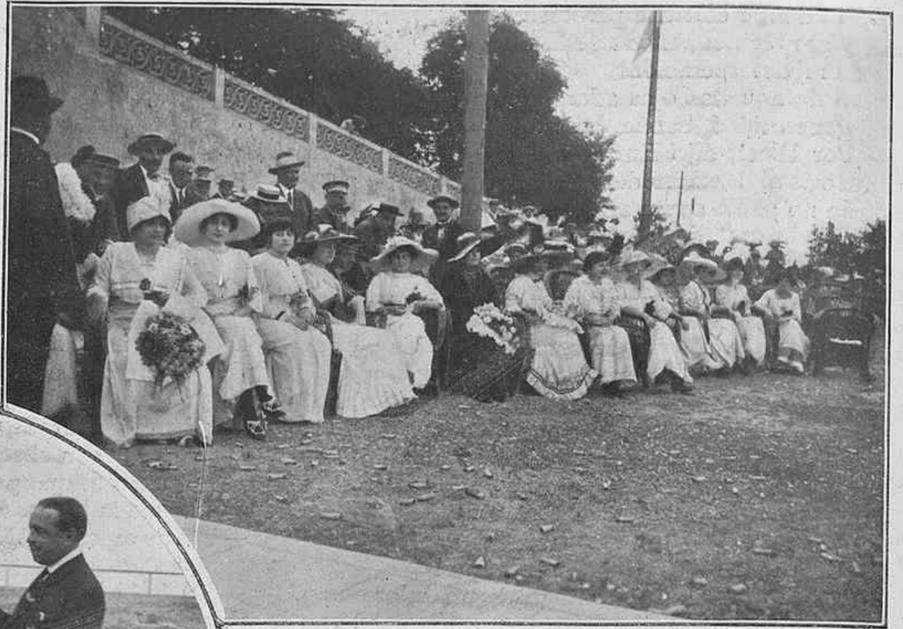
En el Tiro de Pichón.—Aspecto de las tribunas durante las tiradas

Organizada por la Real Asociación de Cazadores de Barcelona, celebróse el día 7 de este mes en el local del Tiro de Pichón una hermosa fiesta a beneficio de los heridos y de las familias de los muertos en la campaña de Melilla. Bien puede afirmarse, sin incurrir en exageración, que toda la alta sociedad barcelonesa hallábase congregada en el espacioso campo de tiro de Miramar, abundando allí las mujeres hermosas que lucían las más elegantes *toilettes*.

La fiesta comenzó a las dos de la tarde con la tirada para la Copa del Excelentísimo Ayuntamiento, para la cual se inscribieron más de cien tiradores, habiendo resultado vencedor el Sr. Pallejá.

Dió principio luego la tirada para la rica copa de plata ofrecida por la Comisión auxiliar de señoritas, en la que se habían matriculado ciento veintiocho tiradores; pero a la segunda vuelta hubo de suspenderse a fin de que pudiese efectuarse con luz suficiente la tirada para señoritas, que era el verdadero *clou* de la fiesta y en la que se disputaba la hermosa copa de plata de la Real Asociación de Cazadores.

En esta tirada se matricularon las señoritas Gloria Bulbena, Rosita Coll, Mercedes Ponsich, Angelita Rosal, Mercedes Garriga, Madronita Andreu, Polly Vidal, Enriqueta Miquel, Conchita Ibarra, Carmen Ribas, Monserrat Ribas, Lolita Morera, Carolina Villavecchia y Pilar Sagnier. El primer tiro lo erraron ocho tiradoras y el segundo seis, quedando para el tercero las señoritas Coll, Villavecchia y Sagnier; ésta erró el tercero y la señorita Villavecchia el cuarto, que acertó la señorita Coll, quien fué proclamada ganadora de la copa. La señorita Villavecchia ganó el segundo, y el tercero se adjudicó a la señorita Polly Vidal, que, en una



Grupo de señoritas que tomaron parte en la tirada de la Copa de la Real Asociación de Cazadores.



La señorita Rosita Coll, ganadora de la copa ofrecida por la Real Asociación de Cazadores de Barcelona

segunda tirada entre las demás concurrentes, mató cuatro pichones seguidos.

Reanudóse la tirada para la copa de las señoritas y de nuevo hubo de suspenderse por falta de luz.

Acto seguido procedióse al reparto de premios y al sorteo de regalos ofrecidos, entre otros, por el gobernador civil, por D. G. Llibre, por el Círculo del Liceo, por la casa Schilling, por la joyería Viuda e hijos de Cabot, por el marqués de Alella y por D. L. Girona.

La tirada que hubo de suspenderse el domingo continuó el lunes, resultando el Sr. Errazquin vencedor y ganador de la copa ofrecida por las señoritas.

Otra fiesta, no menos brillante que la anterior, efectuóse en la tarde del día 5 en los hermosos jardines del «Turó Park» a beneficio del Ropero de Santa Isabel, del Ropero del Rosario y de la Beneficencia Escolar. Fué un festival infantil consistente en un concurso de muñecas y de perros presentados respectivamente por niñas y niños, y al que asistió también numerosa y distinguidísima concurrencia.

He aquí la lista de los perros premiados. Medallas de oro: *Mora*, del Sr. Vidal-Ribas y Güell; *Jacobus*, de don Luis Martí y Olivares; y *Rhin*, de Doña Carmen Rocamora. Medallas de plata: *Ulpini* y *Post*, del Sr. Vidal-Ribas y Güell; *Chap*, de Doña Antonia Llobet de Martín; y *Choni*, de la señorita Supervía. En la sección de *sport*: *Siegfried*, de D. Baldomero Esteva; y *Garín*, de D. Pablo Vidal. En la sección libre: *Wolf*, de D. B. Cinnamon; *Tropi*, de la señora viuda de Dolsa; *Civi*, de M. Francisco Egea; *Lidi*, de Doña Teresa Cortés; y *Saison*, de la señora de Bernard.

En el concurso de muñecas obtuvieron el primer premio las señoritas Carmen y Mercedes Macaya; el segundo, la señorita Rosita Sanz; el tercero, la señorita Concepción de Caralt; el cuarto, la señorita Arana de Milá; el quinto, la señorita Montserrat Martí; el sexto, la señorita Modesta Pujol; el séptimo, la señorita María Quer; y el octavo, la señorita Cecilia Genové.—T.



Festival en el «Turó Park».—Niñas que tomaron parte en el concurso de muñecas.—Uno de los perros presentados en el concurso
Niños que tomaron parte en el concurso de perros

BARCELONA.—LLEGADA DE LOS DIPUTADOS CATALANES DESPUÉS DE LA APROBACIÓN DEL PROYECTO DE LEY DE LAS MANCOMUNIDADES



El público esperando a los diputados en el Apeadero del Paseo de Gracia. (De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

La aprobación por el Congreso de los Diputados del proyecto de ley de Mancomunidades, ha sido acogido en toda Cataluña con grandísimo entusiasmo, no sólo por lo que el proyecto es en sí, sino además por su significación especial dentro de la tradicional política española y por las circunstancias en que ha sido aprobado.

El proyecto partió de la iniciativa de las cuatro diputaciones provinciales catalanas y desde el primer momento contó con la adhesión calurosa de la región entera. Aceptado por el gobierno, fué presentado al Congreso de los Diputados, y favorablemente dictaminado por una comisión en la que entraron individuos de las más opuestas tendencias políticas, ha sido al fin votado, después de haberlo brillante y enérgicamente apoyado el presidente del Consejo de Ministros Sr. Canalejas.

Este simple hecho representa un triunfo muy hermoso para Cataluña; pero el triunfo es aún mayor si se tienen en cuenta dos circunstancias: primera, que el proyecto permitirá a la región catalana, perfectamente preparada para ello, desarrollar con más libertad que hasta ahora sus poderosas energías y

señalar con su ejemplo a las demás regiones españolas un camino que puede conducirnos en breve plazo a la total regeneración de nuestra común madre España; y segunda, que han defendido denodadamente el proyecto y le han dado con entusiasmo sus votos, los diputados catalanes pertenecientes a todos los partidos, liberales, conservadores, regionalistas, nacionalistas, republicanos de la conjunción y carlistas, unidos todos en el mismo amor a Cataluña.

Esta unidad en el pensamiento y en la acción ha producido el mejor efecto en todos los catalanes, tanto por la importancia del resultado hasta ahora conseguido, como por ser ella prenda segura de nuevas victorias, para alcanzar las cuales bastará, en cualquier momento, que se unan nuestros representantes parlamentarios, respondiendo a las nobles y justas aspiraciones de nuestra región, que nunca han de ser otras que las que contribuyan a la grandeza y a la prosperidad de toda la nación española.

Expresión de estos sentimientos de satisfacción y de entusiasmo fué el grandioso recibimiento tributado por Barcelona a los diputados Sres. Cambó,

Corominas, Ventosa y Calvell, Cruells, Sala, Bertrán y Musitu, Carner, Moles, Sagnier, Vila, Rodés, Godó y Bertrand y Serra, que procedentes de Madrid llegaron en la mañana del domingo día 7. A esperarlos fueron al Apeadero del Paseo de Gracia el alcalde y el presidente de la Diputación provincial, con nutridas comisiones de concejales y diputados, representaciones de casi todas las entidades económicas, artísticas, literarias y políticas, gran número de distinguidas personalidades y una muchedumbre inmensa.

Al descender en el andén, los diputados fueron objeto de una ovación estruendosa, que se convirtió en una explosión de entusiasmo delirante cuando aparecieron en el Paseo de Gracia, entre ensordecedores aplausos y aclamaciones incesantes.

Bien puede afirmarse que Barcelona entera, que toda Cataluña estaban representadas en aquella recepción triunfal y entusiasta, en aquella manifestación de gratitud hacia quienes tan admirablemente y con tanto patriotismo han correspondido a la confianza del pueblo que les otorgó su representación.—D.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES O EDITORES

VIATJE SENTIMENTAL, por Sterne; traducción catalana de Manuel Vallvé. — Esta obra es considerada como la más perfecta del famoso escritor inglés del siglo XVIII. Hay en ella páginas de una vis cómica innimitable y otras de maravillosa ternura y en toda ella se advierte el gran conocimiento que tenía Sterne del corazón humano y su especial maestría en analizar las sensaciones que agitan a los hombres. La traducción catalana, de Manuel Vallvé, es correctísima y en ella se conservan todas las bellezas de fondo y de forma del original. Dos tomos de 100 y 89 páginas, que forman parte de la Biblioteca Popular de «L'Averç» editada con tanto éxito en Barcelona. Precio, 50 céntimos cada tomo.

CONFERENCIA DEL EXCMO. SR. D. JOSÉ DEL PRADO Y PALACIO EN EL INSTITUTO AGRÍCOLA CATALÁN DE SAN ISIDRO DE BARCELONA EL DÍA 29 DE ENERO DE 1912. —

Notabilísimo trabajo en el que el exdirector de Agricultura Sr. Prado Palacio demuestra con abundantes datos y sólidos razonamientos que España no alcanzará su ansiada reconstrucción y engrandecimiento nacional, sino mediante el desenvolvimiento de una buena política agraria. Un folleto de 42 páginas impreso en Madrid en la imprenta de Prudencio Pérez de Velasco.

— MAKOFÁ, por Evaristo Rodríguez de Bediz. — Novela de gran amenidad cuyas páginas se leen de un tirón bajo el encanto de la fábula llena de interés, de la habilidad en técnica literaria con que está compuesta y del estilo suelto, pintoresco y limpio con que ha sido escrita. Se recomienda, además, por su fin moralizador. Completan el volumen varios bellísimos cuentos. Un tomo de 138 páginas que forma parte de la Biblioteca Patria que con tanto éxito se publica en Madrid. Precio una peseta.

ELEMENTOS DE CIENCIAS FÍSICAS Y NATURALES, por el

Dr. Eduardo Fontseré. — Esta nueva producción del docto catedrático de la Universidad de Barcelona está destinada a los alumnos de las clases primarias superiores, a los de las escuelas normales y liceos y, en general, a todos aquellos que han de recibir una educación científica elemental, pero eficaz como base de su ulterior cultura. En él, en estilo llano y persuasivo y con ejemplos y experimentos sacados casi todos de los hechos y de las escenas vulgares, se tratan los principales problemas de mecánica, física, química, botánica, zoología, antropología y cosmografía. Un tomo de 296 páginas con 774 grabados, editado en Barcelona por Gustavo Gili; precio, 3 pesetas.

PROSA LLEUGERA, por Alejandro Font. — Colección de artículos de costumbres catalanas y especialmente barcelonesas, escritos en estilo festivo y en los cuales su autor confirma las cualidades de observador excelente que demostró ya en sus anteriores obras, especialmente en su novela *L'oncle Magt.* Un tomo de 188 páginas, editado en Barcelona por la Librería Española; precio, 2 pesetas.

DUSSELDORF.—EXPLOSIÓN DEL GLOBO DIRIGIBLE ALEMÁN «SCHWABEN»

El 28 de junio es una fecha funesta para la aerostación alemana: en tal día de 1910 quedó destruído en la Selva de Teutoburgo el dirigible *Deutschland*, que había salido de Dussel-

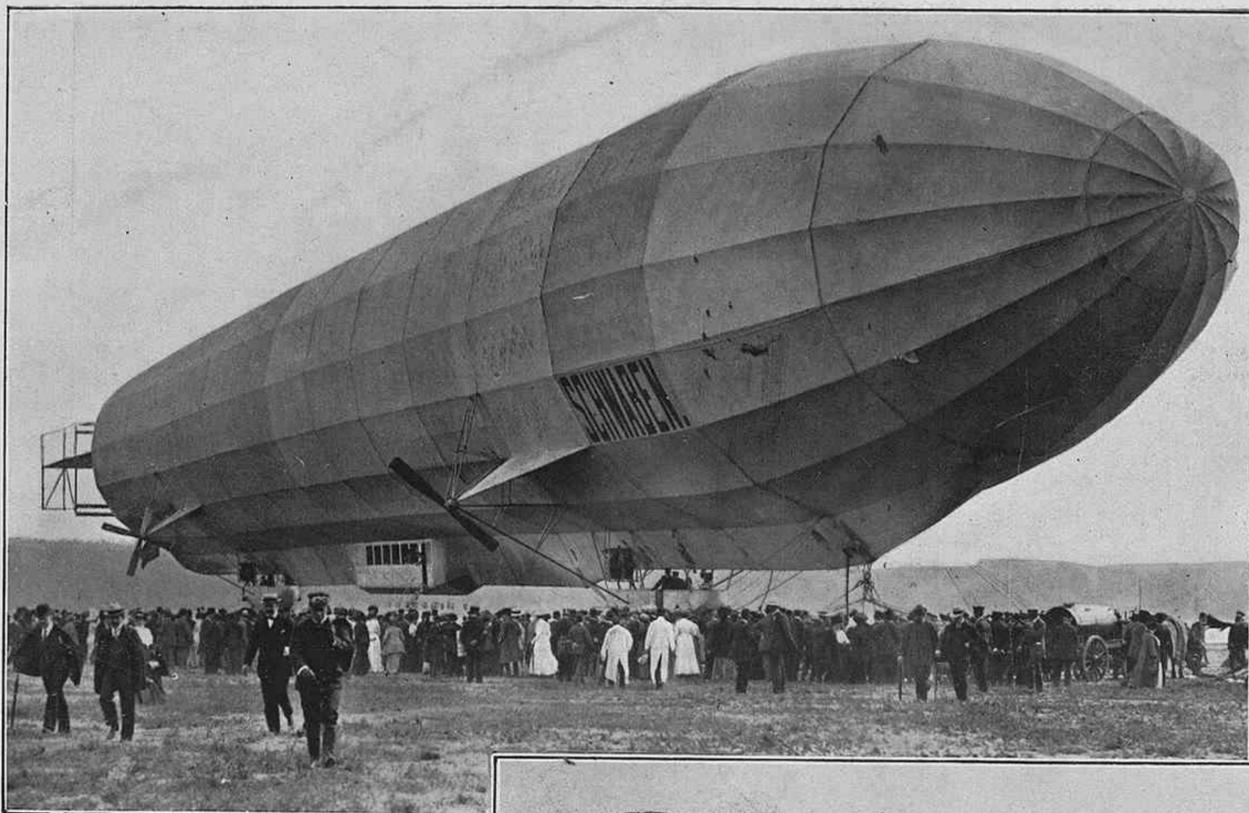
to, que soplaba con inusitada violencia, impidiéndole entrar en éste, por lo que el globo hubo de ser amarrado al aire libre. De pronto, una ráfaga dobló la envoltura y varios de los globos interiores estallaron dejando escapar el gas, que se inflamó produciendo una explosión formidable.

Durante unos momentos, sólo se vió un gran fuego y se oyeron gritos de terror; cuando se hubo disipado el humo, el dirigible quedaba convertido en un informe montón de hierros retorcidos, junto a los cuales yacían numerosos heridos: treinta y dos soldados del 39.º de línea, que sostenían las amarras, y ocho tripulantes del *Schwaben*, entre ellos el ingeniero jefe Sr. Durr, varios mecánicos y un criado del restaurán. Algunos de ellos tenían heridas gravísimas.

Créese que la causa de la explosión fué que el gas, al escaparse, agitó tan violentamente la envoltura, que el roce con otro de los globos interiores produjo algunas chispas que inflamaron el gas. Otra de las circunstancias a que se atribuye esta catástrofe, y aun la ocurrida en 1911, es la mala situación del cobertizo, con relación a los vientos que en aquel lugar reinan.

El *Schwaben*, que estaba asegurado por la cantidad de 650.000 marcos, había sido terminado en la primavera de 1911 y bautizado con el nombre de *Z. IV*; fué adquirido por la Sociedad de Navegación aérea e hizo su primer viaje en el mes de julio, recorriendo perfectamente el trayecto Lucerna-Fluelen. Desde entonces ha realizado 288 viajes y conducido 4.545 pasajeros. El total de kilómetros por él recorridos en su corta existencia ha sido de 27.569.

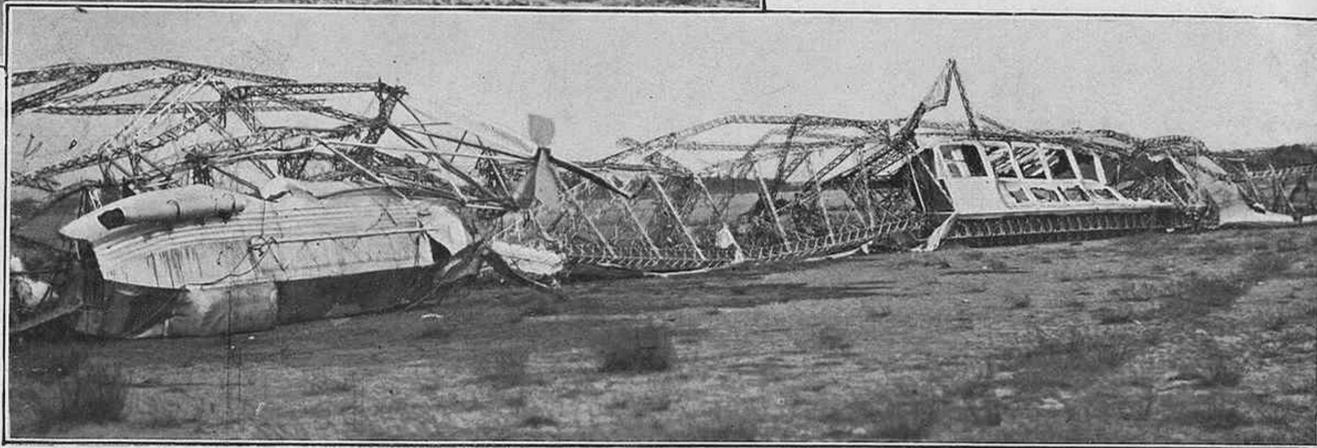
El *Schwaben* era del mismo tipo que el *Victoria-Luisa* que recientemente ha efectuado en Hamburgo varias excursiones por encima de las costas y del mar del Norte. Tenía una longitud de 140 metros y un diámetro de 14; desplazaba 7.730 metros cúbicos, llevaba seis motores y corría con una velocidad de once metros por segundo.



El «Schwaben» tal como era antes de la explosión. (De fotografía de Carlos Trampus.)

dorf, llevando a bordo a los representantes de la prensa en cuyo obsequio se realizaba la excursión; en igual día de 1911, un terrible huracán destruyó el aeróstato del mismo nombre que aquél *Deutschland*, en el momento en que iba a entrar en su cobertizo de Dusseldorf; y el día 28 de junio último, también en Dusseldorf, una explosión ha destruído el globo *Schwaben*.

Había llegado el *Schwaben* a la citada población procedente de Francfort del Mein y después de numerosas evoluciones se disponía a tomar tierra junto al cobertizo; pero el vien-



Restos del dirigible «Schwaben» después de la explosión. (De fotografía de Carlos Delius.)

DICCIONARIO DE LAS LENGUAS ESPAÑOLA Y FRANCESA COMPARADAS

Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle*, *Littre*, *Saivé* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. — Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas, las voces antiguas, los Neologismos, las Etimologías, los términos de ciencias, artes y oficios, las frases, proverbios, refranes, idiotismos y el uso familiar de las voces, y la pronunciación figurada. — Obra reconocida por el ministro de Instrucción Pública de Francia como el Diccionario más completo de los publicados hasta hoy, según puede verse por la carta por él dirigida á nuestro representante en París. — *Monsieur: Vous avez bien voulu m'adresser les quatre volumes du nouveau Dictionnaire Française-Espagnol et Espagnol-Française de M. Fernández Cuesta, que viennent d'être publiés à Barcelonne MM. Montaner et Simón. Je vous en remercie bien sincèrement; et c'est assurément le Dictionnaire de langue espagnole le plus complet qui ait paru jusqu'à ce jour, et je ne doute pas qu'il ne rende les plus grands services. Agrées, Monsieur, l'assurance de mes sentiments les plus distingués. — Le Ministre de l'Instruction publique et des Beaux Arts, LOCKROY.* — Cuatro tomos encuadernados, cincuenta y cinco pesetas, pagadas en varios plazos.

PÍDASE

PROSPECTO J. A.

ZEITZ

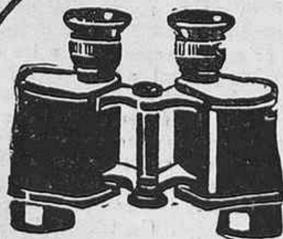
GEMELOS PRISMÁTICOS

PARA

EJÉRCITO Y MARINA,
VIAJE Y SPORT,
TEATRO Y CAZA.

SE VENDEN DIRECTAMENTE POR

E. Leitz TALLERES DE ÓPTICA
Wetzlar (Alemania)



FÁBULAS DE LA-FONTAINE

Nueva traducción debida á D. Teodoro Llorente, ilustrada con notables dibujos intercalados en el texto y láminas tiradas aparte, originales de Gustavo Doré. — Esta notable edición en un tomo casi folio, ricamente encuadernado con tapas alegóricas, se vende al precio de 35 pesetas en la casa editorial de Montaner y Simón, Aragón, 255, Barcelona.

VIDA DE LA VIRGEN MARÍA CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA

Dos tomos en folio, ricamente encuadernados,
100 pesetas

Reino de Sajonia.

Technikum Mittweida.

Director: Profesor A. Holz.
Escuela superior técnica p. la enseñanza de electrotécnica y construcción de máquinas. Secciones espec. p. ingenieros y técnicos. Laboratorios electrotécnicos y mecánicos. Talleres para la instrucción práctica. Mayor frecuencia anual 3610 estudiantes. Programa etc. gratis de la secretaría.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILLIVOE, DUSSEY, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN